



Antimanual para seres que sobran

Marco Antonio Bonilla Mendoza
PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

María Fernanda Bencomo Arvizo
DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA

Heber Mauricio Rivera Anguiano
COORDINACIÓN DEL PROGRAMA EDITORIAL CHIHUAHUA
Y FOMENTO A LA LECTURA

DISEÑO Y CORRECCIÓN
Gisela Iliana Franco Deándar
Héctor Manuel Jaramillo López

VOCALES EDITORIALISTAS
Alejandro Ramos Ayala
Aniela Rodríguez
Janeth Margarita Rogelio Ruíz
Raúl Aníbal Sánchez

Antimanual para seres que sobran
© Ruth Dibely Flores Pérez

Primera edición:
Septiembre 2026

Ilustración de cubierta: Mario López Ledezma

ISBN: 978-970-96425-1-3

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra para fines lucrativos por cualquier medio, sea electrónico o físico, sin permiso previo del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua. Se autoriza la reproducción de fragmentos para divulgación, difusión de la obra y promoción de la lectoescritura, siempre y cuando se cite la fuente original.

EDITADO Y PRODUCIDO EN MÉXICO.

Antimanual para seres que sobran

Dibely Flores

colección



Soltar las amarras

Presentación

“Aunque hablar surge de manera natural, la escritura tiene que inventarse”, afirma Edward Dolnick en *La escritura de los dioses*. Y ahí se encuentra algo extraordinario: hace miles de años, los humanos inventamos una manera de hacer que nuestras ideas, recuerdos e historias pudieran permanecer.

Desde entonces, cada vez que alguien escribe, algo logra quedarse.

Se queda la memoria de una familia. La historia de una calle. Una emoción que creíamos sólo nuestra. Una pregunta. Una idea.

Por eso una ciudad necesita a sus escritoras y escritores.

Desde 2014, el Programa Editorial Chihuahua ha acompañado a quienes han decidido poner sus palabras sobre el papel y compartirlas con los demás. Y en esta edición 2026 celebramos de nuevo las distintas formas de hacerlo.

HISTORIAS DE MI CIUDAD conserva aquello que nos pertenece: nuestros lugares, personajes, costumbres y recuerdos; esas historias que explican lo que somos.

SOLTAR LAS AMARRAS abre la puerta a quienes comienzan a navegar con una voz propia y se atreven a compartirla por primera vez.

CON TRAYECTO reconoce a quienes llevan camino recorrido y siguen encontrando, en la experiencia y en el oficio, nuevas cosas que decir.

Y la COLECCIÓN INFANTIL Y JUVENIL ofrece algo especialmente valioso: mirar la vida y el mundo desde los ojos de quienes apenas comienzan a descubrir el poder de las palabras.

Cada una es distinta. Pero todas nacen de la misma convicción: en Chihuahua hay talento que merece ser leído.

A las autoras y autores de estas páginas, gracias por escribir. Por encontrar palabras para aquello que a veces los demás apenas alcanzamos a sentir.

Y a quienes hoy abren estos libros, los invito a hacer algo muy sencillo: leerlos.

Porque alguna vez tuvimos que inventar la escritura para que nuestras palabras pudieran permanecer.

Ahora nos toca mantenerlas vivas.

Marco Antonio Bonilla Mendoza

PRESIDENTE MUNICIPAL DE CHIHUAHUA

Presentación

Palabras: con ellas puedes hacer y deshacer lo que quieras

Elena Ferrante

Para el Gobierno Municipal y el Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua, es un orgullo presentar la colección del Programa Editorial Chihuahua (PECH) y del Programa Editorial Chihuahua Infantil y Juvenil 2026, resultado del talento, la dedicación y la creatividad de autoras y autores que, a través de la palabra escrita, continúan enriqueciendo el patrimonio cultural de nuestra ciudad.

Quiero expresar una sincera felicitación a quienes resultaron ganadoras y ganadores de esta edición. Sus obras son reflejo del compromiso, la disciplina y la sensibilidad con la que han decidido compartir su mirada del mundo. Al mismo tiempo, extendo mi reconocimiento a todas y todos los participantes. Cada manuscrito recibido representa un acto de valentía y amor por la literatura.

Estos logros no serían posibles sin el respaldo constante del Gobierno Municipal de Chihuahua y el compromiso de nuestro alcalde, Marco Bonilla, quien ha impulsado el fortalecimiento de las políticas públicas que promueven el acceso a la cultura, la lectura, y las artes como herramientas para el desarrollo de nuestra comunidad. Gracias a esta visión, el PECH continúa creciendo año con año y reafirmando que invertir en cultura es invertir en un mejor futuro.

A quienes hoy sostienen este libro entre sus manos, les invito a disfrutar sus páginas con la certeza de que en ellas encontrarán voces que hablan de nuestra tierra, de nuestras inquietudes, y de los múltiples caminos que la imaginación puede abrir. Que esta colección sea un punto de encuentro entre escritoras, escritores, y lectores de todas las edades; un espacio donde las palabras continúen sembrando diálogo, esperanza y comunidad.

¡Enhorabuena a todas y todos! Que las letras sigan encontrando en Chihuahua un hogar desde el cual inspirar y dar norte a las generaciones por venir.

María Fernanda Bencomo Arvizo

**DIRECTORA DEL INSTITUTO DE CULTURA
DEL MUNICIPIO DE CHIHUAHUA**



*Para aquellos que caminan sin descanso,
aspirando a un hogar.*

Gracias a quienes decidan perderse entre estas páginas.

A mi familia, la de sangre y la que encontré en el camino.

A Zeus y Hera, por acompañar incluso mis silencios.

Todo el tiempo que ha transcurrido hasta ayer se nos fue; este mismo día en que vivimos lo repartimos con la muerte.

Séneca

Carta 91 a Lucilio (*Epístolas Morales*)

¿Qué se hace a la hora de morir? ¿Se vuelve la cara a la pared? ¿Se agarra por los hombros a quien está cerca y oye? ¿Se echa uno a correr, como el que tiene las ropas incendiadas para alcanzar el fin?

Rosario Castellanos (1960)

Primera parte del poema *Amanecer*

Las garras me seguían en la noche oscura,
como aquellas preguntas que se empeñan en surgir desde
los tiempos antiguos, más viejos que los presocráticos,
allá donde las estrellas nacen y se preguntan el porqué de
las cosas.

Ahora las huellas perrunas se posicionan en el frente
de este sendero pedregoso,
no con respuestas, pero sí con más dudas.

El ser humano no es pues un bípedo implume,
como afirmaba Platón, no sabemos lo que es,
pero ojalá fuera como un perro.



Ilustración: Mario López Ledezma

Prólogo

En su obra *El animal que luego estoy si(gui)endo*, el filósofo Jacques Derrida hace una crítica al antropocentrismo partiendo de una vivencia personal, el haber experimentado vergüenza cuando fue mirado desnudo por una gata, como si frente a la alteridad de la mirada felina surgiera una consciencia de la propia vulnerabilidad corporal. Además, el pensador argelino confiesa el sentir “vergüenza de tener vergüenza” frente a esta *gatita* que lo siguió observando. A partir de esta anécdota intenta deconstruir la tradición filosófica donde hay una jerarquía del hombre sobre el “animal”. En esta oposición binaria de la metafísica occidental, donde en los sistemas de los filósofos más reconocidos se han excluido a los “animales”, Jacques Derrida analiza: “La experiencia del animal que ve, del animal que los mira, no la han tenido en cuenta en la arquitectura teórica o filosófica de sus discursos. La han negado, en resumidas cuentas, tanto como la han desconocido.”¹

En el libro *Antimanual para seres que sobran*, la autora Dibely Flores va guiando al lector a través de las huellas de los protagonistas caninos, Hera y Zeus, para mirar la desnudez de la condición humana. Sin embargo, a diferencia de la gata de Jacques Derrida, no es únicamente el tomar consciencia de la desnudez de la propia corporalidad sino de un contexto donde la injusticia social y la violencia se muestran sin concesiones en estos relatos. Además, a tra-

¹ Jacques Derrida. *El animal que luego estoy si(gui)endo*. pp. 29-30.

vés de los recorridos con abundantes especulaciones de los entrañables perritos, se impele al lector a ir cuestionando el entorno, realizar una introspección de las emociones humanas desde la mirada de las mascotas, quienes también describen su cotidianidad y se desenvuelven en un mundo de experiencias fantásticas; en otras ocasiones, los animales del libro se vuelven solo herramientas de negación para evitar confrontar la enfermedad del ser querido, o verdaderos compañeros que apoyan en el proceso de duelo o en situaciones de miedo y desasosiego, que “ofrecen un refugio”. A través de estas narraciones se va develando el entorno doméstico, familiar (*adentro*) y la ciudad (*afuera*) con la parte oculta de las urbes contemporáneas, aunque estos adentro y afuera nunca puedan ser del todo delimitados, como si la intimidad estuviera constituida por una exterioridad. En estos escenarios las narraciones nos muestran la violencia intrafamiliar, el acoso, los vicios, las enfermedades mentales, las obsesiones, los deseos, la suciedad, el rostro de quienes no tienen hogar, la crisis ambiental, el crimen organizado, la exclusión, los feminicidios, la migración y la precarización de las periferias urbanas, siempre desde esta mirada (voz) inquisitiva del (más) marginado (el *no-humano*) en los bordes de las ciudades (y en los márgenes de lo doméstico).

El pretexto antropomórfico de los cuentos no es la imposición de una burda caricaturización del “animal” desde una interpretación humana, sino darle una voz (*literaria-mítica-primigenia*) con el ingenio de una narración dinámica, pero meditada, a aquellos a quienes no se les escucha por estar desprovistos del logos (λόγος), la palabra, la racionalidad de la tradición occidental; los excluidos por

excelencia dentro de los espacios de violencia estructural, lugares a los que Achille Mbembe designara con el nombre de “las topografías reprimidas de la crueldad”². En estos espacios los animales callejeros están desarraigados, por lo cual hasta hace poco ni siquiera podían ser considerados dentro de una esfera política-jurídica, y en la práctica su muerte, la de “los seres que sobran”, ni siquiera es digna de ser ritualizada en un contexto de marginalización y precarización. Se puede hacer una nueva lectura del filósofo Giorgio Agamben sobre la figura del *homo sacer* (hombre sagrado), quien en el derecho romano era una persona que no podía ser sacrificada ritualmente para los dioses, pero cualquiera podía asesinarla sin ser castigado por ello; en la presente obra estos perros callejeros (*canis familiaris*) serían *canis sacer*, quienes pueden ser designados como *nuda vida*, una vida a la que se puede dar muerte impunemente o dejar morir, ya que es una existencia sin valor, como describe la autora: “un bulto manchado de zoquete”, seres que sobran, cuya condición solo puede ser confrontada con la hospitalidad. El presente libro precisa resignificar la figura del animal “sin dueño” para que se le otorgue un valor más allá de ser solo un *canis sacer*.

En este compendio de cuentos, con la excusa de narrar desde un antropomorfismo, paradójicamente se desmonta este antropocentrismo, y hace al lector estremecerse ante el impacto de una realidad cruda y violenta, pero vista desde una mirada lúdica, tierna y hasta cierto punto ingenua de los protagonistas caninos.

² Achille Mbembe. *Necropolítica*. p. 75.

La narración de la autora es un sincretismo de literatura, prosa poética, reflexión filosófica, tradiciones del norte de México e influencia de la cultura pop. Esta hibridación de géneros da como resultado una obra original que difumina las fronteras no solo en la práctica de la escritura sino también en las temáticas. La manera aparentemente sencilla y amena de escribir de la autora contrasta con el complejo análisis social y la introspección psicológica implícita en los relatos, los cuales podrían enmarcarse en una narrativa de la disidencia.

Por último, una de las definiciones que inevitablemente viene a la mente después de leer la presente obra, *Antimanual para seres que sobran*, es lo ominoso (*Unheimlich*), tal y como Sigmund Freud lo define: “*Unheimliche* en verdad no es algo nuevo o ajeno, sino algo familiar desde siempre en la vida anímica, que solo se hizo ajeno a ella por el proceso de represión. El nexa con la represión ilumina la definición de Schelling: lo *Unheimliche* sería todo lo que debía permanecer en secreto, en lo oculto, pero ha salido a la luz”³. La lectura de estos relatos también puede inquietar al lector porque lo que considerábamos familiar se nos presenta como algo extraño, en ocasiones amenazante.

Guillermo Estrada Ramírez

³ Sigmund Freud. *Das Unheimliche* (Manuscrito inédito). p. 115

Sección I. Identificación de excedentes

¿Quién eres para decidir qué ser sobra?

Borra todo

Bórrate

Bórrame

Bórralos

Bórrame

Bórrate

Borra todo

Borra el mundo

Nada

Nad

Na

N

1. Registro de miradas ajenas

Se escuchan los motores ruidosos en la fría mañana. El sol aún no se asoma entre los cerros que rodean el valle. Todos los perros ladran al unísono, observando cómo los amos se retiran en sus grandes transportes de lámina.

Arriba del barranco, en una casa a medio hacer, se pueden vislumbrar dos pares de ojos saltones que luchan por saber qué es aquello que reside allá afuera del patio en donde viven. Sus miradas atraviesan los agujeros formados en la puerta oxidada que da hacia la calle. Ansiosos se unen a sus colegas y ladran fuertemente, en un intento por descifrar la pena que los embriaga y la desesperación de vivir en jaulas de cobre (aunque no todos).

Los autores de esta serie de microcuentos son, en realidad, Zeus y Hera. Será, pues, trabajo de los transeúntes literarios descifrar quién relata cada una de las historias que se compilan aquí, que, a final de cuentas, es una sola. Ningún humano fue lastimado, secuestrado o amordazado en los mismos. Bueno, tal vez uno que otro, pero son desconocidos.

Disculpen a veces el poco bagaje en tanto al lenguaje, o bien, la capacidad filosófica frente a otros. Todo sería más sencillo si entendieran a ladridos.

1.2 INFORME CROMÁTICO - PIEDRAS ROJAS

*Después de su sangre, lo más
personal que puede dar el hombre
es una lágrima.*

Alphonse De Lamartine

Habitualmente paseo libre sobre este baldío porque son pocas las personas que se acercan por aquí. El cielo se torna aún más negro conforme nos acercamos a la torre de humo. La hierba seca no para de arder.

Hay mucho humo y me encajo toritos en mis patas al tratar de esquivar la ruta que nos marca el sol de la tarde. Poco a poco nos dirigimos a la hacienda que está cerca del marchito Río Sacramento, que según dicen perteneció a un tal don Juan Álvarez, luego a un don Terrazas, pero la edificación es ahora un museo, al cual mi dueña y yo le damos unas tres o cuatro vueltas para sacar mi ansiedad.

El baldío que lo rodea no es más que tierra, hierba seca y montañas de basura que con el paso de los años no dieron tregua en acumularse. A pesar del humo, puedo olfatear un aroma metálico cerca de la Quinta. Cuido a mi dueña de no caer en el gran pozo lleno de inmundicia que se encuentra a un costado, pero no puedo evitar que el agua salga de sus ojos y se quede boquiabierta ante tal escena: un cachorro se encuentra colgado con alambres, le cortaron una patita y su cara no muestra más que sufrimiento. Seguro lleva muerto desde ayer.

Mi dueña se llena de rabia, no puede creer lo atroz de esa escena. Yo solo puedo menear la cola ante ella y olfatear a la pequeña criatura que poco a poco, ya sin vida, es tocada por la luz del atardecer. Tuve la avidez de devorarlo o acostarme sobre él, pero mi dueña, con gesto casi tirano, me empujó para que no lo hiciera.

¿Para qué querría el diablo a la pobre alma de un perro pequeño?

Hizo un hoyo cerca de un mezquite de flores amarillas y lo enterró como pudo. La veo sacando una bolsa de su mochila y con cuidado ir tomando las velas negras, los artilugios raros y las piedras rojas con olor a hierro que se encuentran a un lado del pozo.

Caminamos otro poco. En una mano lleva mi correa y en la otra casi parece que lleva a un muerto. Su gesto de desagrado se mantiene durante todo el recorrido. Otra vez al humo. El fuego se había extendido y mi dueña no hace más que aventar la bolsa al mismo.

Nos retiramos sin más. No pude avisarle a mi dueña del par de pies que quería desenterrar.

Las raíces siempre surgen,

el concreto r e s q u e b r a j a d o

es prueba de ello.

1.3. PROCEDIMIENTO BÁSICO PARA IDENTIFICAR UNA AMENAZA NOCTURNA

La primera vez que Inés escuchó el sonido fue a finales de agosto, cuando el calor todavía se quedaba atrapado entre las rejas y hacía que la casa respirara con dificultad. No fue un ruido violento ni prolongado, más bien un roce leve, como si algo pequeño se desplazara por encima del cielo. Pensó que podían ser algunas ramas agitadas por el viento, aunque esa noche no corría aire alguno. Permaneció inmóvil en la cama, con la sensación imprecisa de que el techo había adquirido una profundidad distinta.

Al día siguiente mencionó el incidente durante el desayuno. Horacio, que revisaba su teléfono, sugirió que se trataba de la dilatación natural de la madera, ya que la casa tenía más de cincuenta años y era normal que emitiera algún tipo de crujido. Sin embargo, cuando la oscuridad volvió a instalarse y el murmullo se repitió, esta vez acompañado por un aleteo breve y contenido, la explicación perdió consistencia. El sonido no provenía de las paredes, sino de algo que parecía tener una intención de escabullirse por donde se pudiera.

El protocolo que encontraron en internet recomendaba iniciar la inspección al amanecer, ya que, según el documento, la luz oblicua permite detectar irregularidades en la superficie del techo y pequeñas aberturas que pasan inadvertidas durante el día. Horacio subió una escalera plegable y examinó las vigas mientras Inés sostenía la linterna desde abajo. El polvo acumulado se levantaba en partículas densas que flotaban en la claridad estrecha del haz luminoso.

No vieron nada en un principio, solo madera envejecida, clavos oxidados y una capa de aislamiento descolorida por los años. Cuando estaban a punto de bajar, un movimiento casi imperceptible alteró la penumbra, algo se replegó dentro de una hendidura junto al calentón. No fue una aparición nítida, apenas la insinuación de un cuerpo oscuro que se contrajo como si hubiera sido sorprendido en una intimidad ajena. Inés sintió un estremecimiento que no pudo atribuir al miedo o a la fascinación. No había agresividad en aquel gesto, sino una huida rápida y silenciosa. Horacio, en cambio, experimentó una incomodidad más concreta, la sensación de que su casa había sido ocupada sin consentimiento. Bajó de la escalera con la determinación de quien ya ha tomado una decisión, aunque todavía no la pronunciaba, ya que el manual sugería no intervenir de inmediato; recomendaba observar durante un par de días para confirmar la naturaleza de la presencia y evaluar la magnitud del riesgo; advierte también que ciertos mamíferos nocturnos cumplen funciones ecológicas importantes y que su expulsión debe realizarse conforme a regulaciones locales. El texto estaba redactado en tono neutral, pero entre sus líneas se percibía la urgencia de restaurar la sensación de control.

Esa noche dejaron las luces encendidas en el pasillo, el sonido regresó, más claro ahora que sabían de dónde provenía; no era continuo ni amenazante, consistía en desplazamientos con breves pausas prolongadas y, de vez en cuando, un roce que parecía recorrer la madera con delicadeza. Inés imaginó al animal suspendido cabeza abajo, envuelto en su propio pliegue, esperando que la casa volviera a quedar en silencio.

Al tercer día llamaron a un técnico. Llegó con una carpeta gris y una expresión entrenada para no dramatizar. Subió al techo con movimientos seguros, como si ya hubiera transitado esa escena innumerables veces, y confirmó la presencia de un murciélago adulto, posiblemente macho, que utilizaba un hueco como refugio temporal. Explicó que no atacaría a menos que se le acorralara, y que su dieta consistía en insectos. Inés preguntó si era necesario retirarlo, y el técnico respondió que la decisión correspondía a los propietarios, aunque mencionó posibles riesgos sanitarios con una precisión que transformó la incertidumbre en inquietud concreta. No afirmó que hubiera peligro inmediato, pero enumeró eventualidades suficientes para inclinar la balanza. Horacio escuchó con atención, fijándose sobre todo en la palabra prevención.

La intervención se programó para la mañana siguiente, ya que el procedimiento consistía en instalar un dispositivo unidireccional que permitiría al animal salir durante la noche sin posibilidad de regresar. No habría contacto directo ni métodos violentos, solo una reconfiguración del acceso. El técnico habló de eficiencia y de respeto por la normativa ambiental mientras ajustaba la estructura metálica en el hueco. Esa última noche, antes de que el mecanismo quedara en funcionamiento, Inés volvió a oír el aleteo. Se levantó y permaneció un rato en el pasillo, observando la sombra que el techo proyectaba sobre la pared. Pensó en la criatura suspendida en la oscuridad, ajena a la decisión que ya había sido tomada. No se trataba de un enemigo visible ni de una amenaza tangible, era más bien una forma de vida que coincidía con la arquitectura de la casa.

Días después el técnico regresó para retirar el dispositivo, confirmando que el hueco estaba vacío ahora. Selló la grieta con espuma expansiva y entregó un informe que certificaba la restitución de condiciones óptimas de habitabilidad. Horacio archivó el documento en una carpeta junto a otros recibos, satisfecho con la resolución ordenada del incidente. No obstante, durante algunas semanas, Inés siguió despertando a la misma hora en que solía escucharse el roce. El silencio del techo tenía una densidad distintiva, como si la ausencia también produjera sonido; no volvió a mencionarlo en voz alta, consciente de que no había nada que inspeccionar, ni protocolo que activar.

Con el paso de los días Horacio comenzó a dormir con una quietud que a Inés le resultaba extraña. Permanecía inmóvil boca arriba, incluso cuando la madrugada avanzaba y la casa se enfriaba. Su respiración se volvía casi imperceptible, suspendida por intervalos que la obligaban a contener la suya para comprobar que aún estaba ahí. Una noche, movida por una inquietud que no quiso justificar, acercó la mano a su pecho y tardó varios segundos en percibir el latido, desde entonces evitó mirar al techo cuando despertaba, aunque sentía que algo se había desplazado, no en la estructura de la casa sino en la manera en que ambos la habitaban. Horacio empezó a cerrar las cortinas antes del anochecer y a mostrarse incómodo con la luz del porche que atraía insectos en cantidades inusuales. A veces los observaba adheridos al foco con una concentración inexplicable, como si calculara distancias invisibles.

Inés no dijo nada.

Comprendió, sin saber por qué, que ciertos cambios no podían registrarse en formularios ni atribuirse a fallas

estructurales. El hueco permanecía vacío y sellado. Sin embargo, la casa parecía albergar una nueva forma de espera, una quietud distinta que descendía cada noche hasta el dormitorio.

Cuando el reloj marcaba las tres, Inés abría los ojos en la oscuridad y permanecía así, inmóvil, como si escuchara algo que solo ella podía oír.

1.4. A LA ORILLA DE LAS VÍAS

Con almohadillas desgarradas por piedras calientes, camina despacio un bulto manchado de zoquete, que poco a poco se lleva el viento por su huesudo mirar.

Bajo el sol que no da tregua a nadie, camina despacio, con el puro vuelo, ese que se lleva la esperanza, pero no las garrapatas sangrantes que cuelgan sin dejar rastro del líquido vital.

Caminan despacio un par de orejas cabizbajas, que no han sentido caricia alguna, más que las de los transeúntes que se han atrevido a mirar y acercarse a ratos a regalar caricias.

Camina despacio una cola mocha, infectada con la indiferencia de la gente que la mira pasar, meneando de un lado a otro las bacterias que han anidado y que pronto lo matarán.

Caminan despacio tres patas medio pelonas, pues la enfermedad se ha llevado zonas de pelo que no volverán. No quedan más que cicatrices y el recuerdo de una pata extra atrás.

A la orilla de las vías, allá donde la basura se reúne y el tren pasa cada mediodía, yace un bulto manchado de zoquete que ya no camina.

1.5. ACTA DE INGRESO NO SOLICITADO

No sé dónde me encuentro. Ciento cómo me alzan y me cubren. Tengo mucho frío y un hambre voraz, no consigo acercarme a la calidez que me embargó durante tantos meses. Me abro paso en este prominente cuerpo, con mi nariz encuentro un largo y delgado cuello, me enredo con cabello negro y lacio que me impide el paso hacia la oreja de este ente.

No hay luz.

No entiendo su lenguaje, pero estoy seguro de que algo se abrió. Los sonidos se vuelven ruidos estruendosos; no respetan a un recién llegado. Bien decían ciertos hombres, desde Kierkegaard hasta Heidegger, que somos seres arrojados al mundo. Si los humanos son condenados a su propia libertad, entonces sus compañeros han de correr la misma suerte.

Escucho cómo se cierra la puerta que da a la calle, está por entrar un ente más. Mis párpados pesan y solo escucho su balbuceo. No entiendo, pero tengo hambre.

Cuando terminen de discutir, espero que uno de ellos se digne a darme algo de comer. Tengo hambre y soy un recién llegado.

Zeus, recostado en el cuello de Sebastián.

Primera noche, un mes de nacido.

10/marzo/2020

¿Quién aprende primero a desaparecer?

1.6. DISTRIBUCIÓN DE SUSTANCIAS NOCIVAS

*El diablo es optimista si cree que puede
hacer más malo al hombre.*

Karl Kraus

*La cuestión sobre la existencia del mal
seguramente es una de las preguntas más
problemáticas de la historia humana y perruna*



Todos los días se ve pasar a don Enrique, arrastrando sus botas cafés, manchadas de aceite y envueltas en polvo por el arduo trabajo. Va cargando una mochila, se ve que le pesa, pues su espalda se encorva con cada paso. Siempre parece afligido, tose constantemente y sus pisadas se escuchan por toda la colonia. Pareciera que busca, de forma incansable, que se le oiga, pero la gente parece sorda y se posicionan indiferentes ante su soledad.

Busca, de forma incansable, que alguien lo mire, pero no hay respuestas ante preguntas que aún no han sido formuladas. Algo en el ambiente cambió ese veintiuno de marzo. Las flores nacen de forma vistosa, entre espinas de mezquites que refugian agua en sus entrañas. Se ve pasar a don Enrique, con botas pulcras y sin mochila. Camina rápido, pero con sigilo.

De casa en casa va esparciendo, con destreza e ilusión, pequeñas salchichas con polvos blancos que mis colegas comen gustosos.

Tal vez así alguien lo mire.

Siempre mirando a ambos lados



y no



tropezando.



1.7. INVENTARIO DE CRUCES VIALES

Veintidós pesos con sesenta y cuatro centavos les costó cada litro de gasolina. Al parecer es la más económica cerca de la carretera, no hay otra gasolinera en kilómetros. El sol se dormía, y poco a poco las luces que se plantaban paralelamente al camino comenzaron a encenderse. Era una noche oscura y medianamente solitaria, así que estas fungían como los únicos faros en las orillas de un frío pavimento. Uno que otro carro se veía entre las intersecciones.

Las aves intentaban torear a los residentes del vehículo, pero sus esfuerzos eran en vano. Conforme los minutos pasaban y el camino no mostraba otra señal de vida, el auto aumentaba su velocidad para llegar enseguida a su destino. Las lámparas fueron desapareciendo, hasta quedar un poste por cada ochenta metros. Han salido de la ciudad. La carretera los esperaba aún más solitaria. Ya no había luces, ni postes, ni almas que dieran un testimonio de dichos residentes. El vehículo blanco se ahogó entre espesa niebla que inundaba la curva del kilómetro 45 de la carretera Chihuahua-Delicias.

Nadie pudo vislumbrar las cruces apiladas sobre las líneas blancas, decoradas con flores polvorientas y nombres anónimos que perdieron el rumbo.

1.8. INFORME DE QUE LA TIERRA ES UN HUEVO FRITO

A pesar de la sombra que ofrece la oxidada lámina, el calor es abrasador. Se ve correr el agua en las frentes fruncidas de los pesados cuerpos que transitan al frente de la casa. El calor es tan potente que el cielo azul parece más una trampa que un refugio, y las nubes se tornan ausentes en un espacio en blanco. Las horas son cortas entre el calor y el frío. Entre el fuego del mediodía y la lluvia que promete llegar por la tarde.

¿Por qué nadie persigue las nubes que se forman en fila india sobre las mentes pesimistas que transitan esta tierra sangrante?

En la lejanía, allá donde ningún perro de escaso pelo alcanzará a llegar nunca, se quiebra una gran piedra de hielo. Los titánicos pedazos dan volteretas entre espesa agua. El invierno se compacta y las flores nacen en enero, cuando debiesen de estar dormidas.

La temperatura no deja de aumentar, mientras que el sudor a la par sigue berreando en rostros cansados, llenos de fatiga por acarrear el mundo y a la vez destruirlo.

Mi lengua jadeante se empieza a secar y mi protesta se calla ante una mortal lluvia ácida que se avecina por allá.

Cuidando que el viento

no

se

l l e v e

l a s

p

e

n

a

s

que nos hacen ser nosotros.

1.9. ARCHIVO DE LA VOZ DE LA PENUMBRA

Todos los días se escuchan los gritos de una mujer. Yo no sé de horas, pero casi siempre se oyen cuando el sol comienza a esconderse, a veces por la noche e incluso en la madrugada. Ningún día faltan los sollozos de la pobre mujer que se oyen a lo largo de la calle.

Se me alimenta por la tarde, me sacan a pasear entre calles polvorosas, y a la distancia distingo nuevamente ese chirrido inconsolable. Se escuchan las sirenas constantemente, pero la encuentran de boca cerrada y no se hace nada. La autoridad se marcha y el suplicio continúa a los cinco o diez minutos siguientes.

Los meses transcurren, los girasoles del barranco se secan, pero su situación no cambia nada. A veces quisiera sorprenderme de la indiferencia humana, pero solo me convencen de que los límites de la maldad son tan delgados y tortuosos que es imposible darles muerte.

Se escucha un sonido hueco, allá donde los rayos del sol no alcanzan a llegar.

Ya no hay llanto, solo silencio.

1.10. MEDICIÓN FALLIDA DEL TIEMPO

*Tiempo es la medida del movimiento
entre dos instantes.*

Aristóteles (384 – 322 a. c.)

—¡Tres tulipanes por menos de doscientos pesos! —gritó apresurada desde que cruzó la puerta que conecta a la ruidosa calle.

Los tulipanes se consideran flores bastante costosas donde resido, así que supongo que sí debe ser una sorpresa. Traté de acercarme sigilosamente a las tres flores púrpuras o grises, no lo sé, siempre he sido malo para distinguir colores. A veces me pregunto si los colores tienen que ver con los sabores o si el tiempo se detendrá en algún punto y todos nos quedaremos quietos.

Con un grito en seco detuvieron mi sigiloso acercamiento; no pude olfatear los bulbos y mucho menos tragármelos. Las flores posaron durante varios meses, soportando las condiciones áridas de un modesto jardín ubicado en un desnivel cerca del patio, sobreviviendo con la poquita sombra que ofrecía una lámina. ¿Cuánto sol necesita una planta para no morir? ¿Qué es el tiempo y a dónde nos lleva? ¿Nosotros llevamos al tiempo o el tiempo nos lleva consigo?

Dicen que el frío las alentó a crecer; se cerraban para dormir y con el paso del sol abrían sus pétalos, decorados con claros pistilos. Los observaba desde el pasillo del patio, no los alcanzaba a oler, pero podía mirarlos al saltar entre los adoquines apilados en el suelo. Escuché un teléfono

timbrar al interior de la casa, pude mirar por la ventana cómo el agua corría por su cara y sus gritos se volvieron sordos para mí.

Ante tal escena, no me daba cuenta de que un pétalo se desprendió del tulipán más fuerte, bajo el sol de la tarde.

Sección II. Condición de pertenencia

¿Quién recoge lo que el mundo decide tirar?

2.1. BREVE PROTOCOLO PARA ESCAPAR DE LA MUERTE

A pesar de ser una ciudad tan árida, es cierto que tiene bastantes pobladores en ella. Escuché que casi llegan al millón de habitantes; son demasiados, teniendo en cuenta que no hay mucha agua por aquí.

Desde que nací me consideraron la más débil de mi camada. Me han dicho que soy una cruce de ovejero con uno que fue de paso. Mis hermanos aplicaban la ley del más fuerte y me dejaban sin leche; no estoy muy segura de lo que sean las leyes, ni lo que es un perro de paso, pero comer es algo que entiendo perfectamente.

Sobreviví a golpes y empujones. La vida se volvió un tanto más fácil debido a que poco a poco quitaban a mis hermanos y se los llevaban. Éramos ocho y, en tan solo dos meses, solo quedamos tres.

—La blanca de manchas negras no va a aguantar — escuché decir a alguien. Mi madre lamía mi cabeza con la esperanza de que mis patas se alargaran y mi cuerpo se volviera robusto para resistir más semanas. Sus dueños nos iban a tirar en un lote baldío y no entendía el peso de esas palabras. No hay hogar en el desierto para los perros callejeros: la muerte llega antes por ellos o eso le entendí a mi madre, aunque no comprendí qué era el desierto y mucho menos la muerte.

Era el amanecer de un nuevo día y el calor sofocante me alejaba rápidamente de mi madre.

—Quiero a la chiquita blanca —una voz nueva retumbó en mis orejas.

—Ya no va a aguantar, está muy débil —escuché decir a la monótona voz.

—Me llevo a la chiquita blanca, la que tiene manchas, por favor —volví a escuchar.

Unas manos me alzaron y no vi a mi madre nunca más. Conforme pasaron los días comprendí qué era el desierto. Al pasar las semanas sentí lo que era no pelearse la leche, pero también el dolor de no estar con mi madre. Luego de varios meses entendí lo que es la tristeza, al ver por la ventana los perros callejeros que desfilaban sin rumbo y tiraban los botes de basura buscando sobrevivir un día más.

Me gusta escuchar, pero el precio es enterarse de cosas que no quieres saber, y enfrentarse al reto de comprender lo que se escucha. Cada año me insertan agujas y aun no termino de entender cómo es que este dolor es por mi bien, pero luego observo a mi dueña darme galletas sabor tocino y ya no parece tan malo. Cada cierto tiempo nos da pastillas a Zeus y a mí, las escupimos porque no aguantamos el sabor amargo.

Ella se ríe y cree que nos engaña mezclándolas con los premios que nos da. Aceptamos de vez en cuando sin rechistar.

Mi pelo cambió a un gris oscuro y mis patas se alargaron como quería mi madre.

Como puedes ver, me he enfrentado al desierto, al hambre, a las agujas, a las pastillas, a la confusión, al dolor y a la tristeza.

A pesar de ello, no ha llegado la mentada muerte. Supongo que todavía no puede ganarme.

El pequeño petiazul recoge la pluma



que se ha caído,



sin saber qué hacer.

2.2. DIAGNÓSTICO BOTÁNICO DE UNA LILA MEDIO MUERTA

Es un hombre muy reservado.

Las botellas no hacen más que apilarse; desde que llegué a este lugar no han dejado de juntarse y juntarse. Las he olido, es un olor amargo y para nada agradable. Las puertas suelen retumbar mucho cuando nuevas botellas llegan.

Es un hombre “comedido”.

Me echó al patio y cerró la puerta. Las botellas se han apilado de nuevo. Mis ladridos ahogados apenas alcanzan a mi dueña. Se encerró en su cuarto con su hermanito otra vez. La puedo ver desde el patio, no ha parado de llorar desde hace una hora.

¿Por qué el hombre golpea tanto la puerta?

Es un hombre honorable.

Odio cuando las botellas se apilan. Esta vez ella ha salido al patio para enfrentar a su padre. Nos aventó latas de cerveza, una de ellas le dio en la cabeza a mi dueña, no puedo evitar ladrar. Su idioma es repulsivo y no termino de comprenderlo.

Es un hombre taciturno.

Muy curioso su caso. Fue cariñoso hace muchos años, según me contó mi dueña entre suspiros, pero pareciera un psicótico ahora. Amarró la lila de la entrada hace un tiem-

po, utilizó unos alambres oxidados; ya no quiere que crezca, ni que sus hojas inunden de verde y blanco las calles, mucho menos su puerta.

Es un hombre cauto, pero al final la policía se lo ha llevado.

2.3. REGISTRO DE UN GATO AUSENTE

Ella odia los gatos.

Siempre he pensado que los gatos son altaneros, egoístas, astutos y embusteros. Me pregunto si los odia porque se vio reflejada en ellos. Su padre los odia, su madre les teme y a ella le desagradan; su pelo siempre le causa alergia. No obstante, ese día la pena pesó mucho más que el odio.

Ha muerto.

Les avisaron a las ocho y media de la mañana. No tuvo palabras, nadie esperó ese desenlace. La tragedia acecha de nuevo su hogar. Ha perdido una vez más a su abuela; primero fue su adorada Inés y ahora es Guadalupe, la curandera de su pueblo natal. No sé quién de su familia podrá ser considerada más insensible, tal vez sea ella. Desde que recibieron la noticia no ha derramado una sola lágrima, es tan insensible como un gato.

Su padre está demasiado absorto en sus pensamientos y es natural, acaba de perder a su madre. La esposa lo entiende, ella perdió a la suya primero. El hermano menor es demasiado pequeño para comprender por qué iban a un lugar con personas de negro, sombríos y llorosos.

No es que le dé igual, señor, no la malentiendas, pero pareciera que todos olvidan sus promesas. Guadalupe fue muy clara con ella aquella noche de primavera —si me van a traer flores, tráiganlas ahora que estoy viva, en mi funeral no quiero que me lloren, sigamos bebiendo, cerveza hay mucha—. ¿Honra la petición de su abuela?

El aura de la muerte fue tan repentina y a la vez misteriosa. No visitaba tanto a Guadalupe, mi dueña era muy joven y sus prioridades parecían ser otras. No obstante, incluso alguien tan distraída como ella, sabe acatar los deseos de aquellos que le son cercanos. Derramó lágrimas en secreto, no pudo evitarlo, ¿acaso su abuela se habrá molestado?

Dudo que ella vaya donde estén ellas, lo dudo mucho, así que una posible reprimenda en el otro mundo no le aguarda.

Luego de llegar al pueblo fueron a la florería para encargar una corona, mientras su padre terminaba todos los trámites necesarios en la funeraria. Por lo general, elegir flores le era bastante reconfortante, pero esa vez fue evidente que no.

Todos lloraron.

Mientras ella observaba el relieve fúnebre, vio a la florista cruzar la calle con la corona de grandes flores blancas. Se sintió temerosa, a muchas personas no las conocía, pero identificó a sus primas lejanas; solo se saludaron con la mirada, puesto que el ambiente era demasiado sombrío.

No quería ver a su abuela en un cajón, ni volver a vivir esa experiencia otra vez. Su padre se acercó lentamente a Guadalupe y llamó a mi dueña con sus ojos tristes para que lo acompañara, no había opciones. —¿Era o no era insensible? Nadie podía explicárselo.

¿Qué se supone que se debe hacer cuando nos invade la pena y no puedes expresar ese sentir al mundo? ¿Le tendrían tanto miedo a Guadalupe? Debió ser una lástima, considerando que ayudó a tantas personas ahí, claro que con trabajos un tanto más oscuros y misteriosos.

Son unos cobardes.

Los padres de mi dueña desaparecieron, dejándola sola en la pequeña capilla de la sala de descanso. Incómoda, observó las velas que alumbraban las figuras angelicales que han ofrecido algún tipo de consuelo a las almas que han seguido por ahí. Se encontraba en la entrada viendo cómo la gente pasaba a través de sus pensamientos, inmóvil, sin la posibilidad de ingresar algún día. No podrá ir con ellas al cielo, lo lamentó mucho, desde ahí las despidió.

El cajón de Guadalupe se encontraba justo al frente, mientras que sus ojos solo podían vislumbrar las flores blancas que adornaban el recinto.

Apareció.

Abajo del cajón se encontraba un gato atigrado, de aspecto sereno, y de color terroso con franjas negras. ¿Cuántos como él he visto? He perdido la cuenta.

Solo la observaba y la ponía nerviosa. Su cola anillada se movía de un lado a otro, como si esperara que dijera algo. Sus ojos eran de un verde jade muy peculiar, con una franja delgada que dividía a cada uno.

Todos los adultos se encontraban en la sala general tomando café y conversando en voz alta. No estaba su madre con ella, y su padre no dejaba de discutir con sus tíos afuera. Pareciera que el único lugar seguro seguía siendo ahí adentro. Se recostó del otro lado de la banca, estaba muy cansada, solo quería dormir, un segundo, un minuto, o bien, para siempre.

Despertó.

Sentía un peso en su abdomen. Poco a poco levantó sus párpados. Al mismo tiempo se percataba que frente

a ella tenía sus ojos verdosos mirándola fijamente. Por la sorpresa, cayó y se golpeó contra el piso. Fue como si su mirada pudiera atravesar su alma. Sentía que no podía huir de él. Al levantarse, él se acercó a ella, estaba empeinado en acurrucarse en su brazo. Solo podía quedarse quieta y escuchar su ronroneo. Creo que nunca se había tomado la molestia de relacionarse con alguno y escuchar. A decir verdad, le pareció bastante lindo, me lo dijo para mi sorpresa.

Ambos se observaron.

La mayoría de la gente se había retirado, solo quedaban ellos junto a su abuela. Todas las preguntas sobre qué es la muerte, el sin sentido de la vida, o bien, los gritos de sus familiares, se perdían en los maullidos del enemigo. Sin quererlo encontró consuelo en un gato, un ser que le ofreció un refugio cuando cualquiera que los hubiera visto creería que fue al revés. Su ronroneo poco a poco la arrulló, como si de una canción de cuna se tratase.

Una vez más despierta.

Su madre estaba junto a ella, avisándole que se tenían que retirar, puesto que ya era hora de llevar a Guadalupe a la iglesia y terminar el recorrido en el panteón a las afueras del pueblo. Entre bostezos y sus confundidos pensamientos, buscó al gato por todas partes. No lo encontró. Su madre la regañó por tener su chamarra llena de pelos, pero luego le dio poca importancia. En el camino no pronunció palabra alguna, solo podía pensar en su abuela y en el gato que le ofreció calidez en su duelo. Tomó el valor suficiente para despedirse de Guadalupe, no habría otra oportunidad. Agradeció las vivencias, los encuentros curiosos en su

casa, los remedios enseñados y los consejos recibidos

Volvió.

Buscó en la funeraria con la esperanza de encontrar al gato; es un pueblo pequeño y generalmente todos los animales tienen dueño. Tenía la esperanza de que no fuese así. De alguna manera podría convencer a sus padres o se encargaría de encontrarle un buen hogar. Llegó y preguntó a todo el mundo, incluso en los alrededores, pero nadie le supo dar razón de él.

Después de varias horas se resignó y se fue.

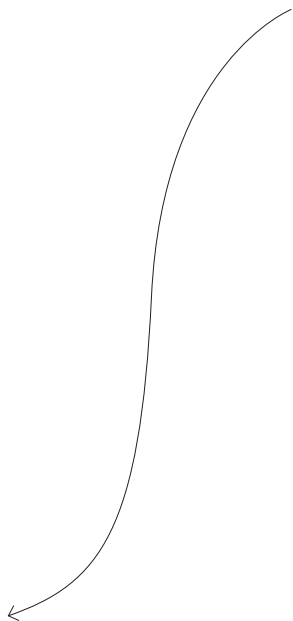
Desde entonces mi dueña le ha dado posada a los gatos que llegaron a nuestra casa. Hay un pequeño refugio en su terraza, fuera de mi alcance para la suerte de ellos, donde puede descansar cualquier gato que desee. Entre palabras intangibles para los humanos les doy la descripción del gato que sin querer salvó a mi dueña antes de mí.

Tal vez alguno le pueda transmitir ese “gracias” de mi parte.

Ten cuidado con los fantasmas

H A M B R I E N T O S

que recorren las calles transitadas de gente



que no sabe a dónde va.

2.4. TRANSPORTE DOMÉSTICO IMPROVISADO

*Lo que embellece al desierto es que en
alguna parte esconde un pozo de agua.*

Antoine de Saint-Exupéry

La temperatura asciende a más de 40°C.

Me he escapado en pleno medio día y mis patas no aguantan el dolor por el asfalto. Me quema, me arde y siento que desgarran la poca carne de mis almohadillas. Escucho a mi dueña a lo lejos, pero no debo volver, no quiero perder el juego. Sigo corriendo, me escurro entre las sombras de los escasos árboles que intentan ayudar a refrescar un poco el abrasador aire que inunda la colonia. ¿Debería volver ya? Abandoné a Hera sin querer y los gritos de mi dueña se escuchan aún más tenues.

No puedo volver, de verdad el suelo está demasiado caliente y no puedo más. Empiezo a jadear debajo de un gran encino, mientras miro cómo mi dueña se acerca casi sin aliento a colocarme la pechera. Observo su cara roja, no sé si está así por el enojo o el tremendo calor que nos invade. Después de unos cuantos minutos mi compañera me carga entre sus robustos brazos y comienza el retorno.

Cruzando la calle vimos a una viejita que arrastraba una carretita de mandado. Mi dueña no le tomó importancia y siguió caminando. Volteo la cabeza para observar que la señora iba acompañada de un par de perros; uno era delgado y pardo, mientras que el otro era de un blanco su-

cio con muchos rulos en el cuerpo. De repente, veo cómo casi atropellan a mis colegas por tratar de ir a la par de la pequeña viejita.

La señora no daba tregua, seguía arrastrando su carretita con un garrafón vacío en ella, buscando llenarlo de alguna manera.

Sigue caminando, descalza y con los pies sangrando.

2.5. DECLARACIÓN DE LO SOBRENATURAL

Las noches son tan calurosas que me es imposible estar quieto.

Busco en el patio al menos un rastro de agua. Mi dueña se acerca a la puerta, observa a través del cristal y con una sonrisa burlona me ignora, dirigiéndose a la sala.

¿A quién le ladras? —gritó—. Estoy aquí en el patio, ya te serví agua.

2.6. CARTOGRAFÍA DE LO MÍNIMO

El departamento 33B tenía la proporción exacta para una vida provisional. La cocina se abría directo a la sala, la sala al pasillo, el pasillo al cuarto, como si el espacio hubiese sido diseñado para evitar cualquier extravío. Miguel solía pensar que esa distribución era eficiente, aunque con el paso de los meses comenzó a sospechar que también era una forma de confinamiento. Desde que trabajaba en casa, las habitaciones habían dejado de ser lugares y se habían convertido en estaciones de una misma rutina.

Laura, su hermana, le preguntaba por teléfono si no se sentía solo, mientras que él respondía que la soledad era una exageración romántica, que en realidad estaba ocupado la mayor parte del día. No mencionaba que a veces dejaba la computadora encendida sin mirarla, escuchando el zumbido eléctrico como si fuera una compañía suficiente. Tampoco decía que el silencio del departamento tenía variaciones, una especie de respiración imperceptible que solo se notaba cuando todo lo demás se detenía.

La primera hormiga apareció un lunes, cerca de la tarja. No irrumpió, estaba allí, moviéndose con una determinación diminuta. Miguel se inclinó para observarla; le sorprendió la precisión de sus movimientos, la manera en que las antenas tanteaban el borde del mármol como si leyeran una escritura invisible. Durante un momento consideró la posibilidad de dejarla seguir su curso, pero algo en esa libertad mínima le resultó odiosa: presionó el dedo índice hasta que el cuerpo oscuro se volvió una mancha; el gesto produjo

una satisfacción breve, había intervenido en el mundo y el mundo había respondido con certera obediencia.

Al día siguiente encontró dos más, alineadas en una trayectoria que descendía desde el marco de la ventana hasta el suelo. Aquella línea negra, apenas perceptible, trazaba una ruta que él no había autorizado. Se arrodilló para seguirla con la mirada y descubrió que conducía hacia una grieta estrecha. La fisura era tan fina que habría pasado desapercibida en cualquier otra circunstancia, pero ahora parecía el eje de una cartografía secreta.

Buscó en internet métodos de control doméstico. Los manuales digitales hablaban de colonias, de reinas ocultas, de jerarquías invisibles que sostenían la persistencia del conjunto; recomendaban no limitarse a eliminar los ejemplares visibles, sino interrumpir el flujo en su orden. La erradicación parcial (advertían) solo fortalece la estructura subterránea.

Miguel sintió que aquellas instrucciones se dirigían a algo más que a los insectos. Movié el refrigerador con esfuerzo, retiró la bandeja de agua azul petróleo y la grieta se abrió como una boca mínima en la pared. Desde su interior emergía un tránsito constante de cuerpos oscuros que transportaban fragmentos casi invisibles. No había caos en ese movimiento, existía un orden que no dependía de su vigilancia. Permaneció observando varios minutos, fascinado por la continuidad de la marcha.

Le resultó humillante que una arquitectura tan pequeña coexistiera con la suya. Preparó el cebo envenenado con precisión; colocó pequeñas porciones a lo largo de la ruta y retrocedió para contemplar la escena. Las hormigas se acercaron con cautela, rodearon la sustancia y comen-

zaron a fragmentarla. Algunas regresaban hacia la grieta cargando partículas, como si transportaran una promesa que él conocía mejor que ellas.

Esa noche soñó con líneas. No eran solo insectos, eran trayectorias que atravesaban el departamento, el edificio, la ciudad entera. Desde el techo descendían líneas oscuras que se adherían a sus brazos, a su cuello, a la comisura de los labios. Intentaba apartarlas, pero cada gesto generaba nuevas ramificaciones. Despertó sudando, encendió la luz y revisó la habitación con ansiedad. No había nada fuera de lugar. No obstante, la sensación de estar siendo recorrido por algo persistía.

Durante los siguientes días el tránsito disminuyó; aparecieron cuerpos inmóviles en el trayecto y luego dejaron de verse por completo. Miguel selló la grieta con yeso, alisando la superficie hasta que la pared recuperó su apariencia intacta. Limpió cada rastro con sumo cuidado, aspiró el suelo y desinfectó todo. El departamento volvió a la normalidad, pero esta tenía ahora un espesor extraño.

Laura llamó esa tarde, le habló de su hijo, de la escuela, de un perro que habían adoptado. Miguel respondía con frases breves mientras observaba la pared recién sellada, mientras imaginaba el interior del muro como un territorio devastado, un espacio donde el veneno había cumplido su trabajo silencioso. Cuando colgó, apoyó la oreja contra la superficie fría y permaneció inmóvil. No escuchó nada, pero creyó percibir una vibración leve que no provenía del edificio sino de su propio cuerpo.

Esa noche, incapaz de conciliar el sueño, regresó a la cocina y raspó la silicona con un cuchillo. La grieta re-

apareció como una cicatriz olvidada. Introdujo la hoja en la abertura y la movió con violencia, como si esperara una reacción, pero no emergió ningún insecto. El vacío de la fisura le resultó insoportable, en un impulso que no supo nombrar. Tomó el frasco de insecticida restante y lo vació dentro del muro. El líquido descendió por la cavidad con un sonido opaco, en esa habitación que siempre dio un olor químico que irritaba la garganta. Miguel no se apartó; sentía que debía completar el mapa, asegurarse de que no quedara ningún punto sin cubrir.

Cuando terminó, se dejó caer en el suelo, respirando con dificultad. Miró sus manos y notó que temblaban. La vibración que había atribuido al interior de la pared parecía originarse en sus propios músculos, en una tensión acumulada que no encontraba objeto. Comprendió entonces que la colonia no había invadido el departamento, sino su percepción: la línea negra que tanto le había inquietado no era más que una forma visible de movimiento constante que atraviesa todo lo que existe. Había querido interrumpirlo, fijarlo o clausurarlo bajo una capa lisa de yeso, pero era inútil.

La cartografía estaba completa.

No quedaban hormigas visibles ni grietas abiertas. No obstante, mientras el olor del veneno se expresaba en el aire, Miguel tuvo la impresión de que el verdadero territorio intervenido no era la pared sino su propia necesidad de detectar y eliminar lo mínimo.

En la quietud absoluta del departamento esa necesidad seguía desplazándose, invisible, como una línea que no admite sellado.

2.7. REDISTRIBUCIÓN ESPACIAL FORZADA: LA ACOMODADORA

*Vivir para los demás no es solo la ley del
deber, es también la ley de la felicidad.*

Auguste Comte

Mi deber siempre ha sido proteger el hogar de cualquier ser indeseable que pretenda interferir con la tranquilidad de mis humanas. No obstante, de un tiempo para acá, tengo una inquietud con respecto a la pequeña niña que aparece en la alacena los martes por las noches.

No mide más de diez centímetros de altura, tiene un cabello grisáceo, el cual se recoge con un chonguito y asegura con un alfiler dorado.

La he visto con incontables vestuarios. Una noche viste ropa tejida de estambre y la siguiente un vestido hecho de bolsas sobrantes, donde venía el pan para la cena. Nunca saluda, ni a mí ni a Hera. Ella está muy concentrada en su labor.

La primera vez que notamos su presencia fue mientras husmeaba detrás de la estufa. Temimos que se le ocurriera hacer algo horrible con el gas. Nosotros no tenemos acceso a la cocina y siempre nos da pendiente. Ladramos, pero nuestras dueñas aún no llegaban a casa.

Para nuestra sorpresa, la niña estaba limpiando, recogiendo pelusas y luchando con una araña. Lo único que parecía querer es que la cocina estuviera completamente limpia; tanto, que cualquier humano obsesionado con la limpieza quedaría absorto ante tal hazaña.

Nuestras amas llegaron, pero simplemente no podían observar a la chica que acomodaba todo con esmero. Venían muy cansadas tanto de la escuela como del trabajo. A veces siento que no viven.

La pequeña no se inmutaba, limpiaba el polvo, organizaba los utensilios y corría a las hormigas de las sobras de comida.

La escuchamos cantar:

Una, dos, tres, cuatro... cinco cucharas.

Dos, tres... cuatro vasos.

Tres, seis, nueve... doce granos de azúcar.

Los monstruos salen una hora antes del alba, si no me doy prisa,

se las van a comer.

Platos, ropa, un martillo y la pala.

Una semana más a salvo.

Si no limpio todo...

Las horas pasaron, el sol renació otra vez, tomando su lugar en un cielo medio azulado. La acomodadora terminó su labor, subiendo de nuevo a la alacena. Con un leve silbido de alarma de su parte, podemos retomar la guardia nosotros mismos.

El concreto guarda el calor del sol,

esa estrella

molesta

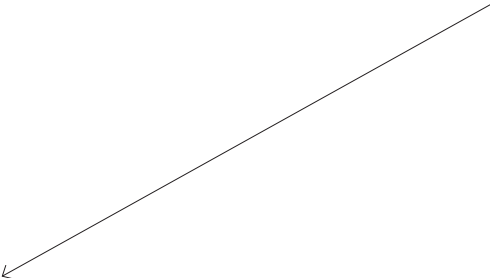
molesta

molesta

molesta

que algún día

nos calcinará.



2.8. ANÁLISIS EVOLUTIVO

La evolución ha sido parte fundamental para la sobrevivencia en este caótico mundo. Así pues, el humano se transformó en un ser un tanto más “racional” en comparación con las otras especies; muchas de estas sufrieron un cambio reversado para el confort de la raza humana.

A los perros, herederos de grandes razas ancestrales, nos volvieron pequeños y dóciles para complacer a los hombres. Eso es lo que ellos han creado, y creído, históricamente hablando. Ahora no pueden parar de tomarnos fotos y subirlas a sus redes sociales. Soy alimentado, paseado, cuidado y amado.

¿No es acaso mi dueña una esclava? No solo de sus propios dilemas.

¿Sería mejor llamarla esclava o compañera?

No lo sé, solo soy un perro mimado.

2.9. PREJUICIOS

Salimos por la tarde, la jefa de la casa necesitaba ir a comprar el mandado antes de entrar a su turno de nueve horas en la maquiladora. Mi dueña encendió el carro para llevar a la jefa a su destino. Como polisón yo iba en la parte trasera del copiloto.

Encendió el motor, me dio un poco de náusea, pero resistí el arranque. Cuando pasábamos por una de las calles principales observé un choque. La jefa y mi dueña discutieron por cómo es que se había llevado a cabo el mismo, pero no le dieron mucha importancia. Dimos paso a la ambulancia y nos alejamos de ahí sin más.

Nos detuvimos en un semáforo. En contraesquina del supermercado un hombre mayor, pintado de payaso, jugaba con tres pelotas de colores, las aventaba y las hacía girar. Comencé a ladrar en un impulso de que se apiadara de mí y me diera una, pero solo obtuve regaños.

El hombre comenzó a pedir dinero mientras caminaba entre los carros. Mi dueña minuciosamente buscaba algo de cambio para obsequiarle. Encontró dos miseras monedas de un peso. Con mucha vergüenza se las entregó, no obstante, el hombre las recibió con agradecimiento. El semáforo cambió y continuamos, no sin antes ver que una señora daba un billete al payasito; creo salió agua de sus ojos, muy curioso.

Al llegar a nuestro destino esperamos a que la jefa volviera con los suministros, ojalá por su mente pase el comprarme galletas sabor tocino. Nos bajamos del carro

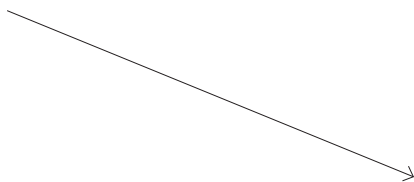
para dar una vuelta en lo que terminaba. Como era de tarde el sol ya no quemaba tanto. Estuvimos afuera a lo mucho una hora. A lo lejos vimos el carrito lleno de bolsas blancas. Subieron todo en la cajuela y nos acomodamos nuevamente para volver. Del lado derecho, un joven lleno de tatuajes se acercaba, nos apuntaba con su mano mientras yo le ladraba al sentir los nervios de mis humanas.

Pusieron los seguros en menos de un segundo.

Antes de arrancar lograron escucharle decir que los huevos estaban sobre el carro y, confundido, se fue. La jefa había olvidado meter la cartera de huevos en la parte delantera y, a pesar de ello, nos apresuró a encerrarnos. Mi dueña con gesto furioso comenzó a reclamarle a su madre, mientras encendía el carro y nos disponíamos a volver.

Al voltear hacia atrás, veo como unos hombres se suben de forma apresurada a una troca; curioso que lleven pistolas y no bolsas.

Se custodian los restos del



“guardián de las palabras”



allá donde la arena guarda



las distintas lenguas y miradas.

2.10. ESTUDIO DE CASO DE ASESINATO

No pude evitar que Hera lo soltara, y es que la verdad deseaba con todas mis fuerzas comérmelo también. Hemos vigilado juntos ese nido durante días. Mi dueña no se percató de su existencia hasta el día de hoy, debido a que los pájaros no han dejado de torear-me.

Vigilaba el patio como es mi costumbre; descansaba bajo la estructura de cemento que funciona como parqueadero del tinaco de agua. Fue inevitable ver cómo caía el pequeño polluelo de su nido escondido dentro de una de las paredes.

Al verlo tirado, tratando de reincorporarse, mis colmillos actuaron por sí solos, y en menos de un segundo me lo había tragado.

Solo quedó esperar a que cayeran más, pero Hera es una ladrona.

Sección III. Mecanismos de corrección

¿Dónde están las vidas que nadie busca?

3.1. EL FUTURO CANCELADO

Las nubes sobre este desierto suelen ser una bendición. Caminaba tranquilo al saber que mis patas no se quemarían en el asfalto. Nos acercamos poco a poco al baldío donde mi dueña suele soltar mi correa y me deja andar libre para perseguir a las liebres que no dan tregua en la carrera.

Sé el camino donde no hay toritos y las piedras no están tan picudas como para cortarme. Poco a poco sentí mi nariz más húmeda. El cielo se tornó de un azul oscuro, las nubes perdieron su blancura para comenzar a inundar todo lo que reside debajo de ellas.

Comenzó a llover.

El agua es anhelada por aquí; no obstante, en cuestión de segundos las gotas cayeron tan violentas que se sintieron como agujas en el cuerpo. Mi dueña tomó mi correa y emprendimos el retorno. Sus ojos chorreaban un líquido negro; con su mano izquierda intentaba quitárselo pero era inútil. La tierra húmeda manchaba mis patas, y los tenis de mi dueña escurrían agua. Corrí tanto como pude. Ella me seguía gracias a la correa, pero se mantenía ciega debido al líquido negro y grumoso que resbalaba por su cara.

Casi llegando a nuestra calle brinqué una zanja por instinto —estaban construyendo nuevas casas, pequeñas y muy caras— y, de forma milagrosa, ella siguió mi paso. Frente a nuestra casa se forma un río, porque las calles de este desierto no están diseñadas para soportar la bendición del agua.

Llegamos sin aliento. Mi dueña se apresuró a buscar unas toallas, mientras yo observaba por la ventana cómo se alejaba la camioneta blanca que nos acechaba.

3.2. PROTOCOLO DE REEMPLAZO

Cuando el médico dijo que la enfermedad avanzaría más rápido de lo imaginado, Tomás pensó en los relojes antiguos que no marcan las horas con violencia, sino con una insistencia apenas audible que termina por imponerse. Su madre escuchaba con las manos entrelazadas sobre su bolsa, como si aquella explicación fuera una historia ajena que podía agradecer y luego olvidar. Al salir del hospital ella comentó que hacía frío, aunque era pleno verano.

El pez llegó a la casa esa misma tarde, no fue una decisión razonada, fue un gesto instintivo, algo que ocuparía la mesa de la sala ahora demasiado silenciosa. Eligió uno naranja, de aletas preciosas, porque le pareció que llevaba consigo una pequeña porción de luz, o bien, por ser naranja le recordaba octubre y eso le gustaba. Mientras lo transportaba en la bolsa con agua, observó cómo el cuerpo se inclinaba con cada movimiento, confiando en un equilibrio que no entendía.

Instaló la pecera junto a la ventana en lugar de dejarla en la mesita de la sala. El agua recién vertida tenía una claridad inaugural, como si todavía no perteneciera a nadie. Su madre se acercó despacio y apoyó la mano en el vidrio. El pez recorrió el perímetro con cautela, explorando las esquinas invisibles, las piedras coloridas en las burbujas que se formaban en fuertes chorros y la esperanza de escapar desvanecida. Ella sonrió con una expresión que Tomás no veía desde hacía semanas, una mezcla de curiosidad y calma que parecía brotar de un recuerdo intacto.

Durante un tiempo el animalito fue una presencia suficiente, ya que mientras la memoria de ella comenzaba a deshilacharse en detalles pequeños (el nombre del vecino, la receta de un guiso, el día exacto de su cumpleaños) el pez persistía en su movimiento circular, ajeno a la erosión del lenguaje. Tomás encontraba en esa regularidad una forma modesta de estabilidad, había algo tranquilizador en el modo en que el cuerpo naranja atravesaba la luz de la tarde y la fragmentaba en destellos breves y verdes.

La primera vez que lo encontró flotando el mundo no se detuvo. La sala seguía allí, el sillón no se había movido de lugar, la televisión seguía lanzando noticias incomprensibles. Solo el pez había interrumpido su trayecto, Tomás lo observó con una incredulidad que no era dramática, sino práctica. Pensó en el filtro, en la temperatura, en la posibilidad de un descuido mínimo. Luego deslizó la red bajo el cuerpo y lo sostuvo unos segundos fuera del agua, sorprendido por la ligereza. No lloró, lo envolvió en papel y lo dejó en la basura sin ceremonia. Esa misma tarde compró otro. No era idéntico, aunque se esforzó por creerlo. Tenía una mancha blanca cerca de la cola y nadaba con mayor rapidez, como si el espacio le resultará insuficiente. Su madre no notó la diferencia, se inclinó sobre la pecera y dijo, con alivio genuino, que le alegraba verlo tan activo. Tomás asintió, sintiendo que había corregido una falla del entorno; el reemplazo no nació de la frialdad, sino del miedo, ya que, si algo podía ser restituido con tanta facilidad, entonces tal vez otras pérdidas también admitirían solución.

Con el tiempo el procedimiento se volvió menos reflexivo. Cada muerte era seguida por una limpieza minuciosa del vidrio, un cambio parcial de agua, una visita a la

tienda iluminada con peceras alineadas como vitrinas de un acuario infinito. El vendedor comenzó a reconocerlo y ofrecerle ejemplares más resistentes, Tomás escuchaba consejos sobre el nivel de PH mientras pensaba en los nombres que su madre olvidaba esa misma semana.

Una noche ella se detuvo frente a la pecera y preguntó cuánto tiempo llevaba ahí el pez. Tomás respondió con una fecha aproximada. Ella frunció el ceño, como si la cifra no encajara en su memoria. “Antes era más pequeño”, murmuró, y en esa observación había una sospecha que él no supo enfrentar. La enfermedad avanzaba con una delicadeza devastadora. Su madre podía recordar con nitidez un verano de su infancia y, sin embargo, no reconocer la casa donde había vivido treinta años. A veces lo miraba como se mira a un visitante amable. En esos momentos Tomás comprendía que ningún reemplazo operaba fuera del vidrio.

La última vez que el pez murió no sintió urgencia. Se sentó frente a la pecera en penumbra y observó el cuerpo suspendido en el agua quieta. La superficie reflejaba su rostro cansado, duplicándolo junto al animal inmóvil. Pensó en todas las veces que había retirado un cuerpo para que la escena continuara sin alteraciones, como si la continuidad visual bastará para sostener la realidad.

No hizo nada esa noche.

Por la mañana su madre se acercó primero, se inclinó con dificultad y permaneció largo rato en silencio. Luego tocó el vidrio con los nudillos de forma suave, como si despertara a alguien. Cuando volvió la cabeza hacia él, sus ojos tenían una claridad inesperada.

“Se murió”, dijo, y en esa frase no había confusión.

Tomás sintió que algo se acomodaba dentro de su pecho, no como alivio sino como reconocimiento. Asintió sin añadir explicaciones técnicas. Retiró el pez con un cuidado distinto del de las veces anteriores, vació la pecera por completo —el sonido del agua cayendo en la tarja llenó la cocina con una gravedad— y dejó el recipiente vacío sobre una mesa.

Durante los siguientes días, el vidrio seco se convirtió en un objeto incómodo, una transparencia sin función. A veces su madre se detenía frente a él y parecía buscar un movimiento en la nada, mientras que otras veces lo ignoraba por completo. El vacío de la pecera no ofrecía consuelo ni solución, pero tenía una honestidad que los peces anteriores no habían tenido. Parecía que allí no había simulación de permanencia, sino una ilusión de continuidad administrada: solo un espacio claro donde la ausencia puede existir sin ser corregida.

Por primera vez, desde el diagnóstico, Tomás dejó de buscar algo que nadara en círculos para distraerlo del avance inevitable del tiempo.

+++++

El agua es el oro cristalino

de los pies descalzos que sangran

+++++

buscando su alivio.

+++++

3.3. OBSERVACIÓN CELESTE POST-ACTO

*Solo es libre aquello que existe por las
necesidades de su propia naturaleza y
cuyos actos se originan exclusivamente
dentro de sí.*

Baruch Spinoza

A pesar del frío de la noche salimos al patio a jugar con una sogá. Ella se entretenía viendo cómo tirábamos de los extremos. Hera no daba tregua, pero al final yo salí victorioso. Como trofeo se la llevé a mi dueña, esperando recibir un premio, pero solo obtuve una palmadita en la cabeza porque rompió a llorar.

Nadie la escuchaba, solo nosotros dos. No había nadie más. Sus dedos temblaban y el agua no dejaba de brotar de sus ojos. Lamíamos sus manos y dejábamos nuestro pelo en todo su pijama, pero nada daba resultado.

—Lo he perdido —salió de sus labios. No entendí del todo, porque su hermano estaba en su habitación, su madre en la cocina, y tanto Hera como yo estábamos con ella. No faltaba nadie.

Algunas veces escuché lo que podría ser la tristeza, pero no lo entendí. Tal vez sea la necesidad de bajar las orejas, que tus entrañas se contraigan y que no puedas hablar para dar algo de aliento.

Siguió temblando mientras nos recostábamos con ella, en un patio de cemento, con las estrellas de techo.

3.4. RÉGIMEN DE DOMESTICACIÓN

El edificio donde vivía Lucía no era antiguo, pero ya parecía cansado. Las paredes exteriores, pintadas de un beige que alguna vez pretendió ser elegante, estaban surcadas por líneas de humedad que descendían desde las cornisas como mapas imprecisos. El jardín común no era más que un rectángulo de Tierra comprimida entre la reja y el estacionamiento, con dos arbustos de hojas opacas que resistían sin entusiasmo. Las ventanas daban todas hacia ese mismo espacio, de modo que la vida privada se reflejaba inevitablemente en la mirada de los otros.

Lucía ocupaba el primer piso. Había elegido ese lugar por la luz de la mañana, misma que entraba de forma amplia, pero lo suficiente como para no encandilar la vista. Trabajaba corrigiendo textos técnicos y novelas ajenas, una labor que exigía atención minuciosa, o bien, una paciencia que rara vez se reconocía. Pasaba horas frente a la pantalla afinando frases que no le pertenecían, limando excesos, señalando incoherencias. Su propio lenguaje fuera del trabajo se había vuelto sobrio, casi económico.

Tenía treinta y siete años y una costumbre adquirida: no acumular demasiado. Los muebles eran funcionales, las superficies despejadas, los objetos reducidos a lo necesario. Decía que le gustaba el orden, pero en realidad le tranquilizaba la idea de que nada pudiera sorprenderle en su propio espacio. Y entonces apareció él a principios de otoño.

No llegó pidiendo nada, se instaló en el borde del jardín como si ese perímetro le correspondiera por derecho

antiguo. Era gris, con el pelaje desigual y una fina cicatriz que le atravesaba el hocico hasta perder el bigote izquierdo. Esa marca le daba una expresión concentrada, casi severa. Sus ojos eran de un amarillo opaco; no buscaban contacto, sino información. Lucía lo observó durante varios días antes de intervenir. Desde su escritorio veía el cuerpo alargado desplazarse con una lentitud deliberada, deteniéndose a oler la base de las plantas, estirándose sobre la Tierra aún tibia por el sol. Había en su manera de ocupar el espacio una economía de movimientos que le fascinaba, porque nada en él parecía superfluo.

La primera bandeja con agua fue colocada al atardecer. Lucía la apoyó junto a la reja, consciente de que varias ventanas podían registrar el gesto. No sintió vergüenza, pero sí una especie de exposición innecesaria. Dejó el recipiente y volvió al interior sin esperar confirmación inmediata. Detrás del vidrio observó cómo el gato se acercaba, evaluando el objeto con cautela antes de inclinar la cabeza y empezar a beber. Ese acto tan sencillo le produjo una satisfacción difícil de nombrar; no era afecto, todavía, sino la constatación de que su presencia había modificado el entorno. En los días siguientes añadió alimento seco. El gato acudía cuando lo consideraba oportuno, comía con precisión y luego se retiraba a la sombra. No permitía que Lucía acortara demasiado la distancia, ya que, cuando ella intentó acercarse una vez, el animal levantó la cabeza y sostuvo su mirada sin retroceder, pero tampoco avanzó. La frontera quedó establecida con claridad.

Esa resistencia la obligó a reconocer algo incómodo: no estaba ofreciendo ayuda desinteresada, sino buscando una forma de reciprocidad. Los vecinos comenzaron

a comentar la presencia del gato. La vecina del segundo piso habló de pulgas y de enfermedades transmitidas por animales callejeros. El dueño del edificio, un hombre de voz neutra y modales administrativos, recordó que el reglamento prohibía alimentar en áreas comunes.

Lucía escuchó esas observaciones con una cortesía fría, consciente de que el lenguaje burocrático transforma cualquier gesto en infracción, y decidió entonces desplazar el vínculo hacia el interior. Colocó una cobija sobre su ventana, creando un espacio intermedio entre la calle y la casa. El gato tardó varios días en utilizarla. Cuando finalmente se acomodó sobre la tela, enrollando el cuerpo con una elegancia que parece ancestral, Lucía experimentó una emoción más intensa de lo que esperaba. La arquitectura había sido modificada, un umbral se convertía en territorio compartido, y comenzó a pensar en él como si le perteneciera.

Lo llamó Mauro en silencio, probando el nombre en su mente como quien ensaya una firma.

¿Qué obtiene la tierra de los cuerpos olvidados?

3.5. REPORTE SOBRE LA EXISTENCIA DE LA JUSTICIA DIVINA

¡No puede mantener a tanto perro! — escuché decir a mi dueña. Todos los días tenemos que pasar por la casa gris con seguridad de malla que se encuentra en la esquina, pareciera que el coraje de mi dueña es casi instintivo. Observo en esa casa una gran cantidad de perros descuidados, cachorros que no duran ni la semana y otros perros grandes infestados de garrapatas.

En ese lugar hay varios niños, pero son muy crueles. He visto cómo lanzan a los cachorros o los abrazan a tal punto de quitarles el aliento. La policía ha recibido reportes varias veces, pero es que pareciera que el sufrimiento animal es algo irrelevante.

No pasa nada.

Hay perros nuevos cada cierto tiempo, los anteriores han muerto en condiciones horribles. La jefa de esa casa está sola, su marido se colgó en el patio hace unos años y desde entonces llena el vacío entregando a sus hijos un montón de perros para que no la molesten. Sale por las noches, supongo que trabajará, mientras que los niños siguen en la calle, aunque esté oscuro y pase de las doce.

Una noche observé a mi gremio perseguir a un gato blanco por el frente de mi casa, por instinto ladré, pero no supe si quisiera ir con ellos. Los niños lo han quemado, lleno de sangre y sin una patita. Aunque no me gusten los gatos, no querría esa suerte para nadie.

Los niños se asustaron al ver que las torretas se acercaban, corrieron hacia su casa, tratando de encontrar re-

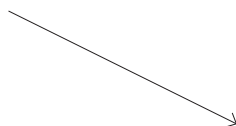
fugio. Sus perros los siguieron y sin darse cuenta, uno de ellos tiró por accidente a uno de los hermanos a una zanja que se encontraba en la calle, se pegó con una piedra en la cabeza y murió.

ANEXO DEL REPORTE 3.5. “OTRA CASA VACÍA”

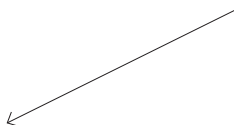
La casa gris ya no tiene perros, porque se fueron los niños.

 Mi dueña dice que solo quedó un cascarón femenino, que encontró cobijo en el nudo de una soga.

Las palabras se vuelven tierra,



los pensamientos se los llevan los difuntos



que no dieron tregua ante la tristeza.

3.6. EXPOSICIÓN A AGENTES TÓXICOS

No hay chocolates.
No hay chicles.
No hay cebollas.
No hay latas.
No hay ajos.
No hay uvas.
No hay aguacates.
No hay dulces.
No hay pasas.
No hay plásticos.
No hay semillas.
No hay huesos de pollo.
No hay corazones de manzana.
No hay café.
No hay sábanas.
No hay duraznos.
No hay laurel.
No hay plantas de tomate.
No hay menta.
No hay eucalipto.
No hay ave del paraíso.
No hay costilla de Adán.

Se empeña en alejarme de las cosas que quiero, yo solo deseo saciar el hambre que me enloquece, aunque eso me mate.

3.7. DISPERSIÓN ATMOSFÉRICA

*Entre las nubes
ligera más que el viento
ligero vuela la luna.*

Enrique Servín
(*Poesía en servilleta*)

“Quisiera ser una nube”.

Fue una frase que escuché en la televisión mientras estaba por salir a la calle, rumbo al parque. Ella jalaba mi correa, mientras yo, descontrolado por la desesperación y por el impulso, me resistía. Quería correr y perderme.

¿Por qué alguien gustaría de ser una nube?

¿Acaso busca poder librarse del agua que habita en sus ojos? o bien, ¿exprimir sus ojos a todos desde el cielo?

3.8. DOCUMENTACIÓN DEL HOMBRE SOBRE EL TREN

Las tardes de lunes a viernes salgo a pasear con ella. El haberme recibido en su casa trajo consigo muchas responsabilidades. Si no salgo, me vuelvo sumamente hiperactivo y destrozo lo que tenga a mi paso. Una puerta, dos cristales, algunas escobas y muchas latas... todo lo he destruido y ella ha tenido que disculparse por ello. Soy un ser del desierto, así como todos los que nos rodean.

Caminamos a paso intermedio junto a las vías del tren, no es nuestra ruta habitual, pero a veces pareciera preciso cambiar de ambiente.

Trece, catorce, quince... casas corroídas por el paso de los años es lo que puedo apreciar.

Veinticuatro, veinticinco, veintiséis... todas de diferente diseño, rodeadas de enormes mezquites.

Veintisiete, veintiocho, veintinueve... ya llegamos a la fábrica, bastante el humo que produce y tan cerca de nuestra casa

¡Qué horror! Nos tocó vivir en Chihuahua, cuido mis patas de los toritos picudos y las piedras calientes que encontramos en el camino. Escucho a lo lejos un ruido ensordecedor, los carros se detienen para que pase la gran bestia de metal; mi compañera no hace más que tapar mis orejas lo mejor que puede, no lo veo necesario, no soy tan sensible como otros de mi gremio.

Los vagones parecían idénticos, uno a uno, pasaban rechinando entre los rieles, no tuvimos otra opción más

que seguirles a paso lento y cruzar por debajo del mismo. Hay un pequeño cruce donde termina la fábrica, las orillas de este están tapizadas de bolsas de basura que los vecinos o gente lejana se han empeinado en dejar ahí.

Cuando cruzamos y volvemos a mirar el gran tren que poco a poco terminaba, observé a un hombre que se encontraba sentado serenamente sobre uno de los vagones en movimiento. Traía consigo una cachucha blanca y se cubría el rostro, supongo que por el sol.

Su serenidad me causó mucha curiosidad y más aún su método de transporte, debe ser muy fuerte como para soportar el sol y aguantar el calor del metal en el que va sentado.

¿Acaso estará huyendo de alguien o no pierde la esperanza de encontrar algo mejor más al norte?

Que tengas suerte, humano.

3.9. SOMBRAS QUE CAMINAN

No entiendo por qué los humanos les temen tanto a los fantasmas que deambulan en las calles, en los mercados, en los camiones o en sus propias casas. Desde mi punto de vista, ellos no pueden hacerles nada, ni siquiera pueden verlos.

Me preocuparía más por las sombras que se asoman por el rabillo de sus ojos, esa culpa disfrazada que vive atormentándolos.

El petiazul no se rinde en su colosal tarea



de llevarle la pluma a los perros de cobre



encerrados sobre el barranco.

3.10. CONVIVENCIA LIMÍTROFE CON LO SOBRENATURAL.

*No soy una sola persona:
Soy muchas.*

Virginia Woolf

Seré sincera, no tengo idea de cómo es que llegué aquí y no puedo siquiera levantar mis párpados para ver el mundo.

Durante varios meses estuve flotando, luego unas pocas semanas comía y dormía junto a la calidez de mi madre y ahora, solo percibo cómo unas grandes manos me sostienen, sorprendentemente me acomodo a la perfección entre estas palmas. Siento cómo me elevan y me cubren. El ser que me sostenía pronunciaba palabras intangibles, poco a poco levanté mis párpados y solo vislumbé una oscuridad profunda.

Quiero a mi madre, la necesito aquí, pero... ya no está.

Otro ser se aproxima a nosotras. Parecen discutir, pero no puedo prestar del todo atención. Es abrumador.

Me alimentaron, dieron una cama y un nombre... Hera. ¿Las antiguas diosas me han bendecido?

Pasaron los días, las semanas y los meses. Crecí un poco, aunque eso facilitó que mi dueña permitiera que durmiera con ella más noches, a pesar de todo el pelo que dejaba en su cama. Ella no podía dormir cuando la luna salía a decorar el profundo cielo, sentía que algo la observaba y tenía razón; Dios no le dio ojos como los míos, pobrecita.

Apagar las luces no fue una de las mejores decisiones, ¿por qué los humanos se empeñaban en dormir así? No tienen idea de las horribles criaturas que se ocultan en los rincones, o bien, tal vez sí que lo saben, pero se rehúsan a aceptarlo. En fin, la humanidad no me importa.

Los grandes luceros son las estrellas del cielo y aquellas humanas que me protegen del frío. No abras los ojos, no los abras.

Ladro levemente.

Eso basta para mantener a raya a la sombra que se arrastra en la habitación de mi humana.

Sección IV. Retorno a la conducta primaria

¿Qué mira un ser que ya no espera nada?

4.1. VOLVIENDO A LOS ANTECEDENTES: LA ODISEA DE ARGOS

A mi dueña le gustan los libros, su cuarto está tapizado por ellos. Yo no los entiendo, así que no me gustan. No sé por qué hay diferencias entre nosotros y los hombres, si cuando no entendemos algo, ambos lo aborrecemos. Después de hacerme loco por la habitación, me recosté en el tapete negro que me gusta. Afuera hace mucho frío y aquí adentro está calentito. Mientras me acomodaba, ella buscó entre sus estantes, tomó uno de ellos y se sentó sobre la cama. No presté atención a lo siguiente, porque mis ojos se nublaron y no supe de mí.

Luego de unos minutos recuperé la conciencia de nuevo, tal vez me estuve excediendo, pero es que las horas perrunas pueden ser planteadas como minutos. Escuché a mi dueña hablar bajito mientras estaba leyendo:

—Sin embargo, Odiseo no podía dejar de disimular su papel de mendigo. Por esta razón, lo volteó a ver de reojo y aunque supo que era su perro, no lo pudo saludar. El héroe solo derramó una lágrima y prosiguió su camino. Argos murió después de eso, a los pies de su amo, como símbolo de lealtad absoluta (...)

¿Hasta qué punto he de sacrificarme por el bien de los otros? ¿Es acaso el amor de ella igual de valioso que una larga espera? ¿Cómo podría ofrecerle mi lealtad si me voy de este mundo?

Nada tenía sentido en ese momento.

De pronto me alegré de haber despertado.

La canción inentendible
por fin su ritmo va cesando
entre plumas y ladridos que van
aminorando.

4.2. LAS PALABRAS CORRECTAS

Mientras paseábamos por Santa Eulalia caí en cuenta que alguien mencionó alguna vez la existencia de un dios que rige el mundo, que les regaló a los hombres el don de la palabra para distinguirse de los animales. No entiendo muy bien qué es un dios, mucho menos la palabra, pero lo de animal me causaba ruido, porque alguien se había referido a mí de esa manera.

En este pueblo hay un viejo camino, las piedras son lisas y van marcando el sendero hacia la iglesia que se encuentra en uno de los cerros. Mi dueña, cansada, saca un botecito de su mochila y con su botella lo llena de agua para ofrecérmelo. Descansamos un poco en la sombra que brindaba el techo de una tiendita pequeña, que no poseía más que un anaquel medio oxidado con algunas galletas y papitas para los que lograban llegar hasta ese punto. También vimos un refri que hacía mucho ruido, pero que tenía varias botellas de agua. Era como un oasis en este desierto.

Ella guardó sus cosas en la mochila y emprendimos de nuevo el paseo. Continuábamos subiendo, poco a poco me sentía más fatigado, mientras que al mismo tiempo empezamos a estornudar por la nube de polvo que nos envolvió.

Conforme se disipaba la tierra, logramos ver más allá de nuestras narices unas máquinas enormes que escarbaban los cerros, los dejaban pelones y destruían las piedras. Conté dos grandes máquinas y alrededor de treinta trabajadores. Sudando a mares, deambulaban a lo largo del cerro que parecía haber sido cortado a la mitad.

Mi dueña afirmaba que este tipo de acciones ofrecerán muchos empleos a distintas familias; dejar de construir sería contraproducente para el progreso humano. ¿Qué pasará cuando los cerros ya no sean cerros, cuando la tierra se vuelva más árida y los animales que habitan a las afueras ya no existan más?

El progreso era un arma de doble filo; todo lo que le ocurra a la Tierra definitivamente les ocurriría a sus hijos e hijas. Ya no hay, pues, defensa de la palabra.

De mi hocico no salen palabras, solo puedo arrojarle una mirada confusa. Ella sacó su inhalador de la mochila, dio un disparo a su garganta y, como pudimos, descendimos entre piedras arrojadas.

¿Qué queda de un ser cuando nadie lo reclama?

4.3. ESTADO DE ALERTA PROLONGADO

¿Has pensado que la noche te cansa? A pesar de lo que se puede pensar de una zona urbana, todos los días el gallo de la vecina comienza a cantar justo cuando el sol decide nacer. Le siguen las alarmas y los motores de los autos que inician su jornada mañanera.

Odio a ese gallo por no cantar con más premura.

Todo sería más sencillo si él no existiera. El sol tal vez se dignaría a salir antes.

Pienso que la noche es lo peor del mundo, porque puedo observar con detenimiento a los enemigos que pasan entre las azoteas, los vampiros que se espantan ante la nítida luz de un foco incandescente colgado en el patio; inofensivos a primera vista, pero se asoman dientes hambrientos, blancos como la luna.

Los chupacabras no comen cabras, pero acechan como los depredadores de estas, son los más peligrosos. Uno pensaría que son la misma cosa, pero por supuesto que eso no es así...

¿Qué es un perro contra dos entes semejantes? ¿Qué es el miedo comparado con el coraje de defender el hogar? Mantenemos la guardia ante fantasmas, vampiros, chupacabras y cualquier ser macabro que se digna a no guardar distancia con los hogares indefensos, plantados en el suelo de un valle seco, rodeado de cerros que no hacen más que volver hermética la zona en la que caminamos.

Desfilan al compás de las horas nocturnas, visualizando a su próxima presa.

4.4. REGISTRO DÉRMICO PERMANENTE

Dicen que no debes quitarte las costras que cubren tus heridas, pues el cuerpo es sabio y con el tiempo restaura la piel muerta que reside en el presente. Supongo que todos somos un conjunto de cicatrices que se curan si las dejamos reposar el debido tiempo.

4.5. PROTOCOLO PARA INICIAR UN FUEGO

El fuego es, en efecto, el elemento primero y el principio de todas las demás sustancias.

Heráclito de Éfeso

La observaban con detenimiento mientras quemaba todas las cartas que guardaba en una vieja caja de cartón. Desde tiempos antiguos se ha pensado que el fuego es aquello a lo que llamaban Arjé, eso de donde todo viene y a dónde todo va, el principio, el final y el origen.

Durante mi corta vida humana (y una mediana perruna) pensaba que el fuego no era más que aquello que te lograba herir de gravedad; por lo tanto, era inmundo y daba miedo. Sin embargo, observo cómo las yerbas crecen en una tierra negra, que en otro momento era clara. La tierra se vuelve fértil y la comida sabrosa.

La hoguera formada en ese bote de basura, donde residen retazos de cartas pasadas, representa la muerte y nacimiento de esa pobre alma en penumbra.

¿Puede el silencio convertirse en hogar?

4.6. REACCIÓN UNGULAR + ESFUERZO

Todos los días raspo sin querer mis garras en el concreto que cubre todo el patio donde resido; me crecen mucho y es necesario gastarlas. Mi dueña sale, casi de forma kantiana, cada día a las ocho de la mañana para servir comida. Ambos podemos vislumbrar al pobre hombre que recorre con lentitud la acera al frente de nuestro hogar. El pasillo nos permite verlo.

Lleva en su brazo uñas encajadas, sangrantes, pero parecieran no ser suyas.

4.7. REGISTRO DE UN PERRO DE MERCADO

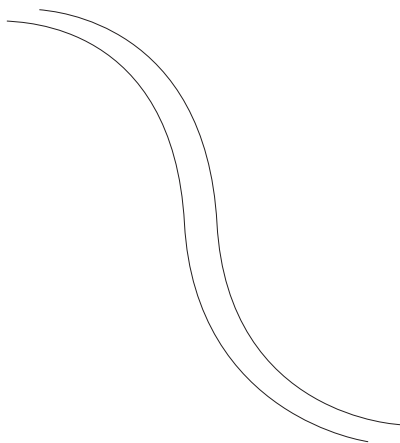
La brisa se tornó de forma más tosca, mientras que el sol poco a poco se oculta en los cerros medio secos que rodean la ciudad. El aire se transforma en dagas que chocan en partes descubiertas de sus cuerpos, o bien, se deslizan entre los párpados de los transeúntes, obligándolos a agachar la cara o colocarse las capuchas de sus sudaderas.

No hay raza que pueda nombrar a tal figura cuadrúpeda; solo unos ojos tristes cubiertos de algunas lagañas, orejas sucias y pelo terroso lo cubren. El ente no es nombrado, a lo mucho los transeúntes lo miran, casi de forma obligada porque se la pasa rondando la entrada del mercado, buscando cada día que alguien se digne a obsequiarle una bolsa de croquetas o acercarle una bandeja con agua.

Las cruces guardan los deseos



entre las carreteras



llenas de tierra.

4.8. PROTOCOLO ANTE UN DESPRENDIMIENTO DENTAL IMPREVISTO

¿Alguna vez tuviste un sueño donde tus dientes se caían?

¿Sentías que poco a poco se desprendían de las encías y con rapidez intentabas recogerlos para hacer un armado burdo?

He de contarte que el hada de los dientes es un ser
m o n s t r u o s o.

Ama los sueños donde pierdes todo.

Ten cuidado, porque lo dientes cuentan historias y a ella
le encanta comerse las

l

e

t

r

a

s

Ten cuidado con el ser extraño, que deambula en la noche, con pequeñas alas transparentes.

Mantente alerta frente al ente que no se inmuta, ante los ladridos conjuntos de nuestra guardia nocturna.

4.9. ESTUDIO SOBRE LOS RODAPIEDRAS

Dicen que el desierto de Chihuahua es el más grande de Norteamérica, pues comprende un área de seiscientos treinta mil kilómetros cuadrados.

Dicen que es el segundo desierto con mayor diversidad del mundo, puesto que lo que conocemos como tierra árida era un gran lago hace un millón de años.

Dicen que los peces yacen en el mar, pero encontramos a los rodapiedras entre los canales agrietados que se extienden entre la arena y los mezquites duros que protegen del sol.

Al estilo de Sísifo, llevan rodando las grandes penas, aquellas que embargan a los caminantes descalzos que deambulan entre toritos y conchas secas.

Peces paleontólogos, aquellos que surcan y deambulan en las aguas filtradas de tierras inhóspitas.

¿Puede alguien acostumbrarse a no ser necesario?

4.10. COMUNICACIÓN DIRIGIDA A UN ESPÉCIMEN EXTRAVIADO

*Son las ocho con veinte minutos, pronunciaba la voz de la radio.
Estas son las noticias... Se han reportado cinco casos distintos de
desapariciones en la ciudad,
todos ellos corresponden a niñas entre ocho a doce años.
Se le pide a toda la población chihuahuense estar atenta a
cualquier indicio o pista para lograr localizarlas.
Se recomienda ser supremamente precavidos con sus hijas e hijos.
Se pronostica un incremento en la temperatura a partir de
mediodía...*

Ya no puedo más con esto, simplemente no puedo, el sol del norte pareciera más violento que de costumbre. Cada día que pasa siento cómo mis tripas se retuercen por el estrés de todo lo que se ha acumulado, no puedo con esto, ya no quiero, ya no puedo. Todo es culpa de mi papá, él buscó todo esto, ¿por qué tenía que ser así?

Tenían que divorciarse, era necesario, ya no podíamos con su alcoholismo y mucho menos con sus cambios de humor, era un psicótico. “¡Alonso! ¡Alonso, abre la puerta!”, es todo lo que puedo recordar, ya nunca me lastimará, ni a mi mamá ni a mí. Odio que siga rondando la casa, pero la policía simplemente ya no hace nada.

Mató a mi perrita Pelusa, una french de un blanco sucio, supongo que fue su regalo de despedida. Ahora me siento más pobre, más inquieto, más solo.

Trato de mantenerme cuerdo en todo este espinoso trayecto. Conseguí un buen trabajo y pareciera que todo

ha querido acomodarse, pero esta inquietud que me corroe es demasiada, tengo que seguir yendo a terapia, mi mamá igual, encontraré la forma de juntar dinero para eso, ¡hasta la salud mental es un lujo!

Intento sacar a flote mis notas en la escuela, tal vez sea una buena manera de mejorar todo, ya no quiero que mi mamá lllore. Con toda esta situación ha tenido que rendir horas extra en la maquila, tengo que terminar al menos la prepa, ¿qué será de nosotros si no?

Salí de mi casa a dar una vuelta por la colonia, esperé a que el sol empezara a ocultarse, porque algo que existe aquí en el norte es un frío cruel y un calor sádico, ese día tristemente estábamos varados en lo segundo. Es inevitable chorrear sudor a todas horas; al menos por la tarde-noche se puede pasear y despejar de los hombros todos los bloques de cansancio que no hacen más que devorar la vida.

Al caminar por la calle que conecta a mi casa pude verlo a lo lejos, con una bolsa de basura en el hocico. Un perrito pardo claro de ojos dorados con negro. Y es que el término “perrito” no aplicaba tanto para él; su complexión era media, pero robusta. Intenté llamar su atención, pero en el momento en el que me acerqué sus gruñidos fueron más que evidentes. Tenía una pata lastimada y mucha hambre; si yo fuese él sería igual de desconfiado. Me quedé ahí, por alguna razón, esperando a que terminara de hurgar en la bolsa la poca comida comestible que había, estoy seguro de que lo vi comiéndose incluso la caja de leche.

Me observó por unos segundos, ya estaba un poco oscuro, pero las luces de la calle iluminaban sus bonitos ojos dorados. Me dejó acariciar sus orejas y me lamió la mano.

Su pata realmente se veía mal y no pude dejarlo ahí. Como pudo me siguió hasta mi casa, no me dejaba cargarlo.

Mi mamá no llegaría hasta la madrugada, así que con mucho esfuerzo conduje al perro a mi casa. Al llegar me dispuse a entrar y buscar en el refrigerador algo para ofrecerle de comer. Salí y le aventé trozos de jamón para que accediera a entrar a mi patio. Improvisé una cama con unas lonas viejas que tenía en mi armario y unos peluches que no me gustaban, pero que conservaba para preservar la victoria de haberlos sacado de las máquinas imposibles con luces de colores.

El perro se veía afligido, se notaba que realmente le dolía. Como pude me puse a vendarle la herida con la esperanza de poder llevarlo a la veterinaria mañana y no morir en el intento de hablar con mi madre. Dejé un plato desechable con algunas sobras y un bote de yogurt simulando un tazón decente de agua. Pasaron las horas, no podía dormir, cada media hora iba y revisaba al perro, él contento sentía mi presencia y meneaba la cola; que no me gruñera debía ser un buen augurio.

Mi madre llegó casi a las cuatro de la mañana. Se asustó de que le abriera la puerta, pensando lo peor. Cuando se tranquilizó, empecé a narrarle todo el suceso. Ella desde que intuyó de qué se trataba presentó una mueca de disgusto, pero alegué que un perro pudiese ser un bálsamo para la casa, además de reforzar nuestra nula seguridad, debido a las circunstancias.

Después de fungir como un intento de abogado, mi madre accedió, tal vez pensando que justamente un poco de compañía no nos haría mal, al menos por un tiempo.

Ya no podíamos pensar más, nos fuimos a dormir, ya mañana sería otro día.

No fui a la escuela; no creí que un día me fuese a afectar, y como pude me puse a buscar entre mi ropa cosas que ya no usara. Subí un post al grupo de mi colonia, “nada pasa de \$50 pesos”. Las baratas siempre atraen clientes, pero tuve que poner en venta incluso ropa que me gustaba para poder juntar una decente cantidad de dinero. Hasta parece que los animales somos nosotros: una consulta en la veterinaria es más cara que la consulta de un médico normal.

Al final todo salió bien, su patita tenía arreglo, pero aun así quedé debiendo doscientos pesos que tuve que reponer como pude. Lo nombramos Solovino, a pesar de que no vino del todo solo. Pasaron algunos meses y Solovino se comportaba como un perro de barrio, ladrando a cualquiera que se acercara a nuestra casa, pero siendo cuidadoso de no tirar a mi mamá mientras tendía la ropa.

*Son las nueve con treinta minutos,
pronunciaba la voz de la radio.*

*Estas son las noticias...
No han cesado las desapariciones en la ciudad,
se cree que está involucrada una red de tráfico de blancas,
se le pide a población extremar precauciones
ante la ola incesante de inseguridad.*

Mi mamá me pidió que apagara la radio, no le gusta escuchar ese tipo de noticias, aunque en su mente y corazón sepa que es verdad el infierno que nos rodea a todas horas. Perdió a su hermana muy joven, siempre dijo que

se la robaron, así que le afecta de sobremanera ese tipo de noticias. Vivimos en el norte, acá no le tememos a leyendas, sino a los vivos. A pesar de eso, tenemos una que otra anécdota siempre que vamos al rancho, eso sí, pareciera que los nahuales habitan por todos lados... esto nos comentó mi maestro de historia latinoamericana, incluso hay un pueblo llamado así aquí, pero creo que no tiene muchos habitantes.

Faltaban pocos meses para mi graduación. Mejoré en la escuela, a puro sudor y lágrimas, pero lo estaba logrando. Mi mamá mejoró de salud y, como los fines de semana vendíamos burritos, pudimos recuperar el aliento en cuestión de dinero en este desierto sin dueños. Solovino me mantenía vivo con nuestros paseos y mi madre podía descansar un poco de que yo no estuviese solo.

El invierno llegó en un parpadeo y no encontré a Solovino. Lo busqué por todos lados y nadie me dio razón de él, la ansiedad no debía volver, ya no, por favor. Lo busqué por semanas, pero no había suerte alguna.

Un sábado salí en pijama a comprar huevos para almorzar. Al caminar hacia la tienda mis ojos se llenaron de lágrimas: a lo lejos vi volver a Solovino. Tenía la cara cortada, perdió un ojo el pobrecito, pero meneaba la cola y me veía feliz con su ojo dorado.

Son las ocho con cuarenta minutos, pronunciaba la voz de la radio.

Estas son las noticias... Las autoridades del Estado de Chihuahua informan que se desmanteló la red de tráfico de blancas culpable de las múltiples desapariciones en la ciudad durante los últimos meses.

Han sido capturados una gran cantidad de cómplices. No obstante, el líder que operaba en el centro de la ciudad fue encontrado desmembrado al interior del edificio donde operaba la matriz de dicha red.

El presunto asesino, descrito como un hombre de un metro ochenta, de cabello castaño y brazos robustos, huyó de la escena, no sin antes forcejear con los guardias del edificio, los cuáles lograron herirlo de gravedad en el rostro, perdiendo un ojo en el inútil forcejeo.

Se desconoce su paradero.

Los perros custodian las mentes
de aquellos que parecen ausentes,
mientras las raíces siguen surgiendo, y
el agua se sigue añorando.

Anexos

¿Qué forma tiene la soledad?

A.1. DECLARACIÓN DE INCAPACIDAD NARRATIVA

Las raíces siempre surgen,
el concreto resquebrajado es prueba de ello.

Siempre mirando a ambos lados
y no tropezando.

Cuidando que el viento no se lleve
las penas que nos hacen ser nosotros.

El pequeño petiazul recoge la pluma
que se ha caído,
sin saber qué hacer.

Ten cuidado con los fantasmas hambrientos
que recorren las calles transitadas de gente
que no sabe a dónde va.

El concreto guarda el calor del sol,
esa estrella molesta que algún día
nos calcinará.

Se custodian los restos del “guardián de las palabras”
allá donde la arena guarda
las distintas lenguas y miradas.

El agua es el oro cristalino
de los pies descalzos que sangran
buscando su alivio.

Las palabras se vuelven tierra,
los pensamientos se los llevan los difuntos
que no dieron tregua ante la tristeza.

El petiazul no se rinde en su colosal tarea
de llevarle la pluma a los perros de cobre
encerrados sobre el barranco.

La canción inentendible
por fin su ritmo va cesando
entre plumas y ladridos que van
aminorando.

Las cruces guardan los deseos
entre las carreteras llenas de tierra.

Los perros custodian las mentes
de aquellos que parecen ausentes,
mientras las raíces siguen surgiendo y
el agua se sigue añorando.

¿Quién nombra a los que ya no tienen nombre?

A.2. ARCHIVO MITOLÓGICO COMPARADO

Zeus

Color marrón con blanco.
Ojos dorados con un centro oscuro.
Hocico blanco con toques rosáceos.
Una gran nariz y bigotes largos.
Orejas caídas y de patas largas.
Si él quisiera, podría ser una montaña.
Revoltoso como las tormentas.
Territorial como los osos.
Cariñoso como niño con juguete nuevo.
Mestizo y adoptado.

Hera

Color gris con manchas negras.
Ojos marrones, como el fondo de un baúl.
Nariz pequeña y llena de tierra (la mayoría del tiempo).
Chiquita, pero no tanto, así como los hibiscos.
De pelaje esponjoso.
Rápida y ágil como una chita.
Dientes filosos como sierras.
Orejas pequeñas y despeinadas.
Imponente como tifón.
Mestiza y adoptada.

¿Quién recoge lo que el mundo decide tirar?

¿Qué buscan las manos cuando ya no esperan nada?

El tren se observa a la distancia, sombras corren sin
regreso,

y en sus ojos, la esperanza se ha esfumado.

Los rieles lloran el olvido en un murmullo oxidado,
pero él sigue, sin descanso, por un sueño perseguido.

A la orilla de las vías, donde el tiempo ya es pasado,
se escucha un breve ladrido bajo un cielo sin testigo.

Referencias

Prólogo

- Derrida, Jacques (2008). *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Trotta.
- Freud, Sigmund (2014). *Das Unheimliche (Manuscrito inédito)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marmol Izquierdo Editores.
- Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. España: Melusina.

Referencias de los epígrafes

- Castellanos, R. (1960). *Amanecer*. En *Lúvida luz*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Comte, A. (1852). *Catecismo positivista*. París, Carilian-Goeury et V. Dalmont.
- Kraus, K. (1909). *Sprüche und Wundersprüche* (Aforismos). Berlín, Verlag der Schriften.
- Lamartine, A. (1820). *Meditations poétiques*. París, Didot.
- Antoine de Saint-Exupéry. (1943). *Le Petit Prince*. Nueva York, Reynal & Hitchcock.
- Séneca, L.A. (2008) *Cartas morales a Lucilio*. Madrid, Gredos.
- Servín, E. (2015) *Poesía en servilletas*. Chihuahua, Secretaría de Cultura de Chihuahua.
- Baruch, S. (1677). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Ámsterdam, Jan Rieuwertsz.
- Woolf, V. (2003). *Las olas*. Madrid, Alianza Editorial.



Contenido

Prólogo	23
Sección I. Identificación de excedentes	27
1. Registro de miradas ajenas	31
1.2 Informe cromático – Piedras rojas	33
1.3. Procedimiento básico para identificar una amenaza nocturna	36
1.4. A la orilla de las vías	41
1.5. Acta de ingreso no solicitado	42
1.6. Distribución de sustancias nocivas	44
1.7. Inventario de cruces viales	46
1.8. Informe de que la Tierra es un huevo frito	47
1.9. Archivo de la voz de la penumbra	49
1.10. Medición fallida del tiempo	50
Sección II. Condición de pertenencia	53
2.1. Breve protocolo para escapar de la muerte	57
2.2. Diagnóstico botánico de una lila medio muerta	60
2.3. Registro de un gato ausente	62
2.4. Transporte doméstico improvisado	68
2.5. Declaración de lo sobrenatural	70
2.6. Cartografía de lo mínimo	71
2.7. Redistribución espacial forzada: La acomodadora	75
2.8. Análisis evolutivo	78
2.9. Prejuicios	79
2.10. Estudio de caso de asesinato	82

Sección III. Mecanismos de corrección	83
3.1. <i>El futuro cancelado</i>	87
3.2. <i>Protocolo de reemplazo</i>	88
3.3. <i>Observación celeste post-acto</i>	93
3.4. <i>Régimen de domesticación</i>	94
3.5. <i>Reporte sobre la existencia de la justicia divina</i>	98
<i>Anexo del reporte 3.5. "Otra casa vacía"</i>	100
3.6. <i>Exposición a agentes tóxicos</i>	102
3.7. <i>Dispersión atmosférica</i>	103
3.8. <i>Documentación del hombre sobre el tren</i>	104
3.9. <i>Sombras que caminan</i>	106
3.10. <i>Convivencia limítrofe con lo sobrenatural</i>	108
 Sección IV. Retorno a la conducta primaria	 111
4.1. <i>Volviendo a los antecedentes: La odisea de Argos</i>	114
4.2. <i>Las palabras correctas</i>	116
4.3. <i>Estado de alerta prolongado</i>	119
4.4. <i>Registro dérmico permanente</i>	120
4.5. <i>Protocolo para iniciar un fuego</i>	121
4.6. <i>Reacción ungular + esfuerzo</i>	123
4.7. <i>Registro de un perro de mercado</i>	124
4.8. <i>Protocolo ante un desprendimiento dental imprevisto</i>	126
4.9. <i>Estudio sobre los Rodapiedras</i>	127
4.10. <i>Comunicación dirigida a un espécimen extraviado</i>	129
 Anexos	 137
A.1. <i>Declaración de incapacidad narrativa</i>	139
A.2. <i>Archivo mitológico comparado</i>	142
 Referencias	 146

Cierre el libro con cuidado,
algunas preguntas pueden escapar.



Soltar las amarras



Descarga gratuitamente toda la colección del
Programa Editorial Chihuahua en:

www.pech.icm.gob.mx





Este libro se terminó de imprimir en octubre
de 2026 con un tiraje de 300 ejemplares.

Impreso y hecho en México

